SUMARIO

ESTUDIOS

- **¿Quién es hoy la Compañía de Jesús?**
  Toni CATALÁ, SJ 357
- **El futuro de los jesuitas. Algunas sugerencias a partir de la Congregación General 35**
  Francisco José RUIZ PÉREZ, SJ 369
- **Permanecer apasionadamente en las fronteras**
  José Ignacio GARCÍA JIMÉNEZ, SJ 383
- **Vivir y trabajar unidos en un solo cuerpo**
  Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ 397

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Contemplar para incluir**
  Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla, SJ . 409

«PALABRAS INCOMPRENDIDAS»

- **«Vocación»**
  Ignacio DINNBIER, SJ 415

LOS LIBROS

- **Recensiones** 427

PRESENTACIÓN

CG XXXV DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Dos meses ha durado la Congregación General 35 (CG 35) de los jesuitas, celebrada en Roma desde comienzos del mes de enero de 2008. Desde esa fecha, más de 200 miembros de la Compañía de Jesús de todos los continentes han estado reunidos para elegir un nuevo General de la Orden y para tratar de ahondar en aquello que inspiraba y fundamentaba dicha Congregación: «La Congregación General y las Congregaciones Provinciales que la preparan no tienen otro sentido que permitirnos redescubrir, a través de Ignacio, Francisco Javier y Pedro Fabro, la manera de hacernos más auténticos compañeros de Jesús, identidad que es inseparable de su misión (CG 34, 26), en y para la Iglesia del Señor» (Carta de convocatoria de la CG 35, de Peter-Hans Kolvenbach, del 2 de febrero de 2006).

Dos meses después de su final, *Sal Terrae* dedica este número a tan destacada reunión. Su título está tomado de la primera comunicación pública que tuvo el universal Adolfo Nicolás Pachón, tras ser elegido 29º General de los jesuitas, y a cuya figura acercan a los lectores y las lectoras de *Sal Terrae* cuatro de los participantes en la citada Congregación: *Toni Catalá, Francisco José Ruiz, José Ignacio García* y *Patxi Álvarez.*

La elección del jesuita palentino afincado en Japón fue sin duda el primer momento estelar de las intensas semanas de encuentro y trabajo de la citada reunión. Así lo han manifestado con gran emoción todos los que participaron en ese proceso de discernimiento y elección, que concluyó el 19 de enero pasado hacia el mediodía. Así lo reflejan también, de uno u otro modo, las cuatro colaboraciones principales de este número de *Sal Terrae.*

El segundo fue la audiencia que concedió el Papa Benedicto XVI a todos los jesuitas congregados en Roma, celebrada el 21 de febrero de 2008. De labios del sucesor de Pedro, la Compañía de Jesús escuchó palabras que le llegaban al corazón. Benedicto XVI demostró abiertamente su confianza, cercanía espiritual y aprecio profundo hacia la Compañía de Jesús, e inspiró su deseo de servir a la Iglesia en este mundo marcado por numerosos y complejos desafíos sociales, culturales y religiosos.

Entre ambos acontecimientos, los jesuitas reunidos en Roma intentaron, siempre en un clima de apertura, discernimiento y unidad, escuchar lo que Dios, a través de su Espíritu, parece estar inspirando a los seguidores de San Ignacio en los albores del siglo XXI, el siglo de la globalización, la diversidad de culturas y religiones, los nuevos desequilibrios humanos y ecológicos, etc.

Uno de los frutos principales de dicha escucha son los 5 decretos allí elaborados, que, en espera de su aprobación y publicación definitivas, han llegado ya, en su versión no oficial, a manos de muchas personas de diversas partes del mundo: sobre la identidad de los jesuitas, sobre su misión, sobre la colaboración con la misión, sobre el gobierno de los seguidores de San Ignacio, sobre la obediencia en la Compañía de Jesús. A ellos hay que añadir un documento más: la respuesta que dirigen los jesuitas a la invitación recibida del Santo Padre, titulada «Con nuevo impulso y fervor».

Los cuatro miembros de dicha Congregación General que colaboran en esta ocasión con *Sal Terrae* ofrecen a sus lectores y lectoras la posibilidad de asomarse y acercarse a tan destacada reunión desde cuatro ópticas diversas: *Toni Catalá,* desde el hoy y el presente de la Compañía de Jesús; *Francisco José Ruiz,* desde el futuro que para ella se atisba; *José Ignacio García,* desde la relación Iglesia-misión-Compañía de Jesús; *Patxi Álvarez,* desde la densa conciencia de cuerpo universal unido, vivida por la Congregación. Ópticas que, sin embargo, son complementarias entre sí y que, leídas de manera conjunta, ofrecen una visión muy enriquecedora de lo sucedido en la Curia General de la Compañía de Jesús de Roma entre el 6 de enero y el 6 de marzo de 2008.

ST 96 (2008) 357-367

ESTUDIOS

¿Quién es hoy la Compañía de Jesús?

Toni CATALÁ, SJ*

a) Una comunidad de memoria que no puede olvidar «los beneficios recibidos»

> *«La tradición es la más bella de las libertades para la generación que la asume con la conciencia clara de su significación, pero también es la esclavitud más miserable para quien recoge su herencia con simple pereza de Espíritu».*
>
> (MARTIN BUBER)

La Compañía de Jesús es una comunidad de memoria que no puede permitirse el olvido, porque en el momento en que se lo permitiera se diluiría. Cuando la Compañía se reencuentra a sí misma, como ha sido el caso de la última Congregación General (CG 35), se reencuentra como Comunidad convocada por el Cristo que convocó a Ignacio y a los primeros compañeros y que sigue convocando. De aquí surge una profunda acción de gracias por el beneficio recibido de poder estar con Él y ser sus compañeros. El centro, «el tesoro escondido y la perla preciosa» de la Compañía es el Cristo entregado desde las entrañas de la Trinidad Santa [EE 107], que mira este mundo diverso, roto y sufriente con una inquebrantable compasión; es el Cristo que vivió y que se

* Del «Centro Arrupe». Valencia. <tonicatalasj@jesuitas.es>.

entregó hasta el final en pobreza y humildad para «mostrar la entrañable misericordia de nuestro Dios»

¡Que alegría y alivio, experimentar cómo la Compañía quiere seguir anclándose en Él y sólo en Él...! La Compañía sabe que cuando ha querido centrase en sí misma, buscando su mayor gloria y no la «mayor Gloria de Él», todo se distorsiona y se abisma en el sinsentido. Esta amenaza es continua; por una parte, hay una fidelidad que lleva a *«la más bella de las libertades»* y, por otra, una búsqueda de seguridad en la ensoñación del poder y del prestigio, que lleva a *«la esclavitud más miserable»*. Ésta es la verdad de la meditación de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio llamada de las «dos banderas»: dos modos de ubicarse en la vida. Aquí radica el núcleo de todo proceso de discernimiento, desde la elección del P. General hasta el último de los decretos: fidelidad al Dios de la vida y a sus criaturas más sufrientes, abandonadas y excluidas, o enredarnos en el vano del mundo y la codicia de riquezas de todo tipo, siempre, eso sí, so capa de bien.

La CG 35 ha sido un momento de libertad evangélica. Libertad evangélica es desear sinceramente «salir del propio amor, querer e interés» [EE 189] para seguir siendo servidores de la única misión de Cristo. Libertad que surge de la honda persuasión personal y comunitaria de que sólo el Señor Jesús es capaz de descentrarnos para ser enviados. Esta comunidad de memoria, que quiere seguir siendo una comunidad servidora, viene de muy atrás, y sólo en una profunda unión de ánimos con aquellos hermanos nuestros que nos han precedido y han sido Testigos («mártires»), es posible seguir siendo creativamente fieles al Señor y al carisma de Ignacio. Cuando, después de la elección del P. General, la Congregación rezó la letanía de los santos y mártires de la Compañía, experimentamos que ser comunidad de memoria no es una bella autodeclaración, sino que es formar parte de una historia de fidelidad e incoherencia, de alegría y de dolor, acogida por el Señor Jesús.

La CG 35 ha dado gracias por redescubrir hondamente que al Cristo entregado (*Christus traditus*) sólo accedemos en la fe y por la fe de la Iglesia. Sólo en el profundo arraigo eclesial encontramos el sentido de nuestra convocatoria y misión. La CG 35, la Compañía, ha sido acogida, confirmada e interpelada por el Ministerio de Pedro. La CG 35 ha sido toda ella un proceso de discernimiento eclesial, «creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa,

es el mismo spíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Spíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia» [EE 365]. Este Santo Espíritu es la fuente de la Comunión eclesial. La Compañía ha vuelto a experimentar que el discernimiento eclesial lleva a evitar la trampa de la prepotencia y del servilismo. La Compañía ha dado gracias de corazón y con alegría por la Confirmación del Carisma de Ignacio y compañeros: sentirse confirmados es fuente de fidelidad eclesial, libertad evangélica y creatividad apostólica.

b) Un cuerpo apostólico que «pondera con mucho afecto quánto ha hecho Dios nuestro Señor por "nosotros"»

> *«Si alguna vez me olvidare de la Compañía del nombre de Jesús, sea entregada al olvido mi diestra, pues por tantas vías tengo conocido lo mucho que debo a todos los de la Compañía».*
>
> (SAN FRANCISCO JAVIER)

Francisco Javier pide no olvidarse de la Compañía; pero no lo pide al calor de los compañeros en Roma ni desde la nostalgia paralizante, Javier lo pide desde las fronteras geográficas, culturales, religiosas y afectivas. El ser Compañeros de Jesús supone, muchas veces, ser enviados a los límites, vivir en la dispersión, vivir en la amenaza de la pérdida de identidad, vivir a la intemperie, estar en las «trincheras sociales»... Vivir este envío sin perderse supone haber experimentado que la Compañía arranca de una profunda experiencia de amistad, y que sólo cuidándola se puede estar en Misión compartida.

En la CG 35 se ha vuelto a percibir, notar y agradecer cuánto hace Dios Nuestro señor por mantener el cuerpo apostólico, y este agradecimiento lo hemos hecho con afecto. No se pasa de «Babel» a «Pentecostés» por pura «industria humana», por puro diseño de objetivos estratégicos, ni por metodologías uniformes y rígidas, ni por decretos... De Babel como caos e incomunicación al Pentecostés de la unión de ánimos, del afecto compartido, la sonrisa cercana, la búsqueda sincera, se pasa cuando todos somos conscientes de que, viviendo apartados unos de otros, vivimos por y en su amor. Javier sabe muy bien que

nuestra vocación a la Compañía no es buscar el «calor del hogar», pues «nuestra casa es el mundo» (Jerónimo Nadal), sino avivar el calor del corazón. Es posible vivir como amigos en el Señor viviendo apartados unos de otros, pero únicamente por su amor: «pues en esta vida tan apartados unos de otros andamos por su amor» (Francisco Javier).

Este «ponderar con afecto» porque el Señor sigue trabajando por mantener la Compañía, la CG 35 lo ha experimentado nítidamente en el proceso de elección del General. Hombres diversos y de todas partes, muchas veces desconocidos entre si, de multitud de culturas y lenguas diversas, sensibilidades distintas, biografías que sólo Dios conoce... ¿cómo es posible que se pongan de acuerdo en elegir a quien ha de mantener «el buen gobierno y conservación y aumento de todo el cuerpo de la Compañía» [Const. 719]? Es posible cuando todos nos ponemos en disposición de acallar nuestras propias voces, intereses y miedos para escuchar al Espíritu que nos sigue hablando; es posible con mucha abnegación, que consiste en salir del propio interés para buscar el bien de la Compañía.

En unión profunda de ánimos, paz y alegría honda, conversación pausada, oración de apertura de corazón, mirando el único interés de los pobres y los abatidos, buscando el único bien de la Compañía, se va tejiendo un proceso de discernimiento comunitario que conmueve. Se experimenta que es posible mantenernos unidos como cuerpo, seguir siendo una comunidad de memoria; se redescubren las Constituciones como sabiduría acumulada y, sobre todo, se experimenta la gracia de percibir que el Señor cuida de la Compañía. Así aparece más claramente nuestra flaqueza y debilidad. No se mantiene el Cuerpo apostólico por nuestros esfuerzos, sino por nuestra escucha disponible. Cuando se experimenta el discernimiento comunitario hondamente, se aprende a no malgastar las palabras «espirituales» en la vida cotidiana, a no consumirlas devaluándolas. El discernimiento compromete todas las fibras de la persona y de la Compañía.

La Compañía se vive como una comunidad de memoria, comunidad que es cuerpo apostólico y que se siente arraigada en la experiencia de Ignacio en *La Storta,* a las puertas de Roma, cuando se siente invitado por el Hijo al servicio: «Quiero que tu nos sirvas». Este arraigo lleva a la Compañía a seguir sintiéndose invitada al servicio. Esto es lo que la CG 35 ha ponderado con mucho afecto, y da gracias por ello.

c) Un cuerpo apostólico plural y diverso que desde su origen «estaba dividido en varias sentencias y opiniones... si bien todos tenían una misma mente y voluntad común, a saber, buscar la voluntad de Dios»

«Y a ninguno debe parecer extraño que entre nosotros, débiles y frágiles, ocurriera esta pluralidad de sentencias».

(Deliberación de los Primeros Padres
al fundar la Compañía de Jesús)

La Compañía de Jesús es hoy fascinante y desconcertantemente diversa. Compañeros de todos los lugares del planeta, diversidad de lenguas, culturas y sensibilidades, distintas ubicaciones en la vida cotidiana, tareas apostólicas plurales... Sólo el hecho de reunirse ya saca a uno de sus seguridades; surgen los demonios a exorcizar los prejuicios y los miedos a lo distinto; o uno se coloca en una actitud de escucha humilde, de relativización de las propias «definiciones de realidad» culturalmente adquiridas, o está abocado al blindaje y al dogmatismo. Como muy bien dice un conocedor en carne propia del nazismo y del estalinismo, Vasili Grossman, «todo lo que vive es irrepetible. Es inconcebible que dos seres humanos, dos arbustos de rosas silvestres sean idénticos... La vida se extingue allí donde existe el empeño de borrar las diferencias y las particularidades por la vía de la violencia».

Cuando no se pierde memoria de que todo totalitarismo tiende a triturar lo humano y convertir a las criaturas en pura masa biológica, cuando no se pierde memoria de que la eliminación de toda particularidad ha sido el empeño cruel de toda dictadura, vivir la diversidad de lo humano es tocar la raíz de la creación, es experimentar que el Dios que se revela en Jesús es la «Fuente de la Vida» (Canon IV del Misal Romano). Acoger la diversidad y dar gracias por ella; descubrir al «otro» y reconocerlo como hermano; ver cómo se rompen las falsas seguridades inamovibles; experimentar el gozo de la riqueza de la diversidad de opinión y de valoración...: ¡todo ello es un Don del Espíritu del Resucitado! Aunque no en todo momento de su historia ella lo tuvo presente, Ignacio de Loyola enseñó a la Compañía en los *Ejercicios* a dar gracias por el «don particular» [EE 43] de cada uno, por el don particular de cada lengua, cultura y país. Cuando se acoge la diversidad, surge la fraternidad libre y gozosa.

Los que vivimos en instituciones multiculturales tenemos el riesgo de dar por supuesto que la diversidad es riqueza, que la diversidad es «normal y natural». Esta diversidad puede entonces quedar desactivada al considerarla como algo exótico y folklorizante o, lo que es más grave, al quedar banalizada en los «discursos desolados», al estilo de que «eso se vive en un momento extraordinario pero imposible en el vivir cotidiano...», etc. La diversidad es también amenaza de disgregación; muchas veces provoca vértigo; genera muchas angustias sobre el futuro del Cuerpo Apostólico; pueden apoderar de uno miedos terribles a la propia aniquilación por parte del «otro», de lo distinto... Esto es territorio de continuo discernimiento. La CG 35 ha sido un tiempo de confirmación de que la diversidad es posible desde la convocación, desde la búsqueda común de la «voluntad de Dios», búsqueda que unía a los tan diversos primeros jesuitas; voluntad que no es otra que la salvación de la obra de sus manos: de sus criaturas y de su mundo; salvación que consiste en tener Vida, y Vida en abundancia,

Esta diversidad rica y fecunda y no destructora es un signo (un «milagro») del Reino de Dios. Es el muro de contención contra todo fundamentalismo y totalitarismo, contra toda globalización arrasadora de particularidades culturales; es un pequeño signo de la fraternidad posible ente los hijos e hijas de Dios. La Iglesia, la Compañía, y la Vida Consagrada en ella, están llamadas a ser anticipo, ya aquí, de que es posible un proyecto de Humanidad Nueva que no es un mero proyecto humano, sino que es don del Espíritu del Resucitado. Don «que da la paz y construye la vida común» (Rm 14,19); don que pone en cuestión todos los ídolos y dioses que generen sumisión y esclavitud. Este acoger el don se convierte en un modo nuevo de ubicarse en la vida.

En la Compañía estamos descubriendo que, cuando decimos que la vida comunitaria es misión y no sólo una plataforma «desde» la que vamos a la misión (una gran aportación del P. Kolvenbach durante su Generalato), estamos diciendo que en una Vida Consagrada en la que no se quieren ya borrar los diferentes dones particulares para diseñar autoritariamente religiosos y religiosas «clónicos», la comunidad se convierte en un lugar continuamente desafiado por el «mundo» a generar espacios de fraternidad desde la diversidad, espacios en los que no se destruya la obra de Dios por factores de diversidad cultural. Es fascinante releer a San Pablo como maestro de discernimiento intercultural.

d) Un cuerpo apostólico enviado a las fronteras junto con Él y así escuchar una vez más su invitación: «Por tanto, quien quisiere venir comigo, ha de trabajar comigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria»

> *«Lo característico de la Compañía de Jesús es el ser enviada "fuera"... sin disponer, por tanto, en su entorno de más ámbito sacro que el de dicha "misión". Así como la oración coral califica a las Ordenes antiguas de "Iglesia hacia dentro", en la incondicional y absoluta misión de la Compañía de Jesús tenemos la representación de la "Iglesia hacia fuera"».*
>
> (ERICH PRZYWARA)

Este cuerpo plural y diverso es un cuerpo apostólico, un cuerpo para la misión. Toda la segunda semana de los *Ejercicios* es un pedir configurarse con el Cristo pobre y humilde, que no es otro que Jesús el Nazareno, el que «pasó por la vida haciendo el bien»; el Cristo confesado en la Iglesia es el Cristo narrado en los Evangelios. Y este Cristo narrado no es otro que el Nazareno que padeció bajo el poder de Poncio Pilato. Una fuerte tentación, que evita conflictos pero que en el fondo es herética, es separar al Cristo Confesado del Jesús pobre y humilde. La Compañía de Jesús, porque es «de Jesús», pide la gracia de no caer en esa tentación. Este Cristo convoca a sumergirse junto con él en la vida. La Encarnación es la raíz, el núcleo, el anclaje de la Misión de la Compañía en el «puro mundo», en la «Iglesia hacia fuera», como ya hace años tan genialmente formuló el P. Przywara.

La misión en la frontera es compleja, difícil, y muchas veces genera desasosiego. Las fronteras sólo están bien delimitadas en los caminos por los que pasa todo el mundo. Cuando tienes que trabajar a lo largo de casi toda la línea fronteriza –el mundo educativo, científico, político, sindical...– y, sobre todo, en los mundos marginales y marginalizados, las fronteras no están delimitadas: es muy difícil transitar por ellas; te puedes sorprender instalado en «el otro lado»; puedes paralizarte buscando el límite fronterizo, perdiendo la perspectiva de dónde vienes y hacía dónde vas; te puedes quedar a la intemperie en territorio de «nadie»... Pero ahí es empujada la Compañía.

Para trabajar en las fronteras interiores y exteriores hay que aprender de la sabiduría acumulada en los viejos exploradores: Ignacio, Fabro, Javier, Ricci, de Nobili, Ellacuría y compañeros... y tantos y tantos otros. Son imprescindibles, hay que conocerlos, leerlos y releerlos, meditarlos. El día que la Compañía deje de conocer su historia, se perderá. Recorrieron caminos no transitados, fueron reconocidos y denostados, queridos y odiados..., pero ahí están, como referencia obligada para el compañero de Jesús. Para trabajar en la frontera hacen falta buenos mapas por los que orientarse. Los primeros compañeros son «maestros en artes». Para ello la Compañía se pide a sí misma, y la Iglesia nos pide, un «ministerio ilustrado». Hace falta saber en qué mundo vivimos, por dónde se abren nuevas realidades, por dónde se vislumbran los nuevos retos, por dónde están surgiendo amenazas y posibilidades para la especie humana en un mundo globalizado. Estos saberes no nos deben impedir transitar por la frontera. Está es la grandeza y el límite de la misión. Por eso la Compañía tiene que ser muy humilde para saber que no se está en la frontera por ser mejores, sino por ser enviados; y tiene que pedir fortaleza al Espíritu, porque la tentación es el repliegue hacia mundos seguros, hacía la Iglesia «hacia dentro».

Esta misión en la frontera queda muy claramente orientada por las tres últimas Congregaciones Generales: «El fin de nuestra misión (el servicio de la fe) y su principio integrador (la fe dirigida hacia la justicia del Reino) están así dinámicamente relacionados con la proclamación inculturada del Evangelio y el diálogo con otras tradiciones religiosas como dimensiones de la evangelización». La CG 35 se ha reconocido en esta misión y la ha confirmado. Con todas nuestras incoherencias y ambigüedades, también con nuestro pecado, la CG 35 se ha vivido como deudora agradecida de las CG 31, 32 y 34. Agradecimiento a Pedro Arrupe y a Peter-Hans Kolvenbach por su «buen gobierno».

La Compañía, haciendo suya está misión, apuesta por ayudar a establecer relaciones justas con Dios, unos con otros y con la creación. En un mundo global tan rico de posibilidades, pero que sigue siendo tan injusto y desquiciado, trabajar por la justicia y la reconciliación es la consecuencia inherente de poner la vida en un Dios de vivos y no de muertos. La Compañía tiene muy definida su misión, se despliega en múltiples tareas, pero ha tomado conciencia una vez más de que la misión sólo se sostiene en la pasión personal y comunitaria por el Criador y sus criaturas.

e) Un cuerpo apostólico que se conmueve como Ignacio, al que «le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre... de compasión, porque entendió que lo vejaban»

> *«Muéstrate benévolo, bondadoso y condescendiente con los pequeños, amigo de los que son inferiores, y partidario de los últimos y más pequeños; así, al descender tú hasta el último de los hombres, que es Cristo Crucificado, arrastrarás a todos para que también se abajen».*
>
> (PEDRO FABRO)

Ya en la primera semana de los *Ejercicios* Ignacio nos pone delante del «Cristo puesto en cruz... en diálogo de misericordia, como un amigo habla a otro amigo» [EE 53-54]. Mirar al Cristo puesto en Cruz es mirar la Compasión del Dios vulnerable, abajado y abatido, porque todo él es Amor. La Compañía desea hacer el seguimiento «bajo el estandarte de la Cruz», quiere seguir al Cristo crucificado, quiere seguir a Jesús de Nazaret, al que se le cae su mundo encima porque ha socavado sus cimientos, ha desenmascarado a los ladrones y salteadores que sólo han venido a «robar, matar y perder» (Jn 10,10), y eso no se lo perdonan. «Sus heridas nos han curado». Las heridas de este Cristo quebrantado se han ido abriendo en su vivir, no sólo en el momento de su muerte. Jesús ha tenido que pasar «trabajos, fatigas y dolores» en su vida, tanto por ser «uno de tantos», por asumir la condición humana, como por haber configurado su vida como implicación compasiva con los abatidos y sufrientes de la casa de Israel. En la tercera semana de los *Ejercicios* esto no se olvida: «...mas antes induciendo a mí mismo a dolor, y a pena y quebranto, trayendo en memoria frecuente los trabajos, fatigas y dolores de Christo nuestro Señor, que pasó desde el punto que nació hasta el misterio de la pasión en que al presente me hallo» [EE 206]. La cruz de Jesús expresa su camino insobornable de fidelidad al Dios de la Vida y a sus criaturas sufrientes.

La centralidad de los pobres es inherente a la fe en el Cristo de Dios, que es el Crucificado y no otro, «el que se hizo pobre». Mirar al Cristo puesto en cruz nos lleva a percibirlo en el rostro de los pobres, abatidos y ninguneados. La centralidad de los pobres no es una moda, ni una ocurrencia de la CG 32, ni un asunto de los años 60-70 en

Occidente; son ellos los que nos tienen que marcar el territorio de la misión, son ellos los que nos delimitan las fronteras por las que tenemos que transitar; son ellos los nuevos países y naciones que nos reclaman. Nos lo recordó el P. Nicolás en su primera homilía como General: «En efecto, aquí estamos todas las naciones geográficas, pero quizá existen otras naciones, otras comunidades no geográficas, sino humanas, que reclaman nuestra asistencia: los pobres, los marginados, los excluidos. En este mundo globalizado aumenta el número de los que son excluidos por todos. De los que son disminuidos, porque en la sociedad sólo tienen cabida los grandes, no los pequeños. Todos los desaventajados, los manipulados..., todos estos, son quizá para nosotros estas "naciones": las naciones que tienen necesidad del profeta, del mensaje de Dios». Sin comentarios.

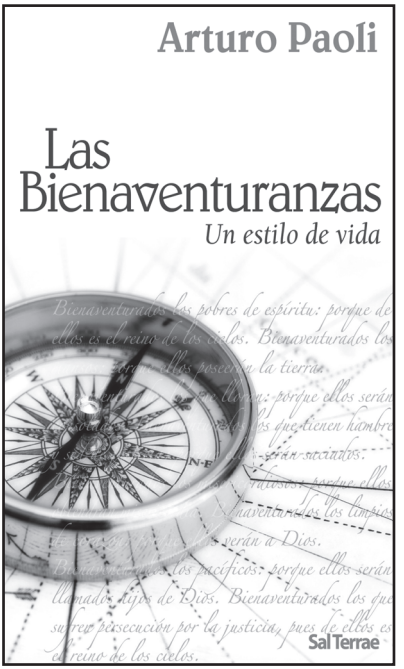
La primera vez que Ignacio llora en su *Autobiografía,* no es por causa de una gran visión, sino por compasión del pobre al que detuvieron por creer que había robado y «entendió que lo vejaban». Pedro Fabro, que transitó como nadie por los caminos del corazón, supo descubrir en ese viaje a los últimos («Muéstrate benévolo, bondadoso y condescendiente con los pequeños, amigo de los que son inferiores y partidario de los últimos y más pequeños»), porque su viaje lo hacía por los caminos de un corazón apasionado por Cristo, pide que «se me conceda ser servidor y ministro de Cristo consolador, de Cristo ayudador, de Cristo salvador, de Cristo médico, libertador, enriquecedor, fructificador, fortificador» [Memorial 188-189]. En los primeros compañeros, la sensibilidad y preocupación por los últimos y pequeños surge de su profunda experiencia espiritual. Hoy la espiritualidad atrae, incluso en muchos ambientes está de «moda», pero el *test* de verificación de la espiritualidad cristiana está en si lleva a la Compasión. La Compasión ha tenido mala fama en la modernidad, pero no podemos olvidar a Santa Catalina de Siena: «la justicia es la perla que brota en la concha de la misericordia».

Benedicto XVI anima a la Compañía a proseguir la misión «entre los pobres y con los pobres». El P. Kolvenbach recordó en septiembre de 2003 que «tenemos que reencontrar incesantemente el camino de la solidaridad con los pobres, que corren el riesgo de ser los últimos servidos en la elección de nuestras prioridades apostólicas y de nuestro estilo de vida personal y comunitario». Sólo una Compañía fiel a su carisma reencontrará el camino. La CG 35 nos lo recuerda.

Dice muy bien Paul Ricoeur que «la prosa de la realidad no tiene el lirismo de las formulaciones». Y es verdad. El riego de escribir con la CG 35 en el corazón me puede llevar al lirismo; el día a día es más prosaico, más gris, más ambiguo. No más que el de muchos abatidos y desplazados forzosos, por supuesto; pero no deja de ser verdad que, como San Ignacio lo sabía, nos da unos criterios preciosos para mudarnos contra la desolación en caso de caer en ella, porque nunca nos falta la «gracia suficiente». La Compañía como comunidad de memoria, cuerpo apostólico convocado en la diversidad para el servicio del Evangelio, desea sinceramente la Gracia de la fidelidad.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

ARTURO PAOLI

Las Bienaventuranzas.
Un estilo de vida

136 págs.
P.V.P. (IVA incl): 9,00 €

La fascinación de las Bienaventuranzas consiste en que toda persona, con independencia de sus decisiones, puede encontrar en ellas una orientación segura, una visión del ser humano que, aun distando mucho del estilo de vida más común, aparece como la única verdadera. Arturo Paoli nos guía en la búsqueda de una espiritualidad de las Bienaventuranzas fundada en la identidad de la persona, que se puede alcanzar a través de las relaciones asumidas con responsabilidad. La justicia, la paz y la pobreza son relaciones concretas a través de las cuales toda persona realiza su verdadera identidad.

ST 96 (2008) 369-381

El futuro de los jesuitas.
Algunas sugerencias a partir de la Congregación General 35

Francisco José Ruiz Pérez, sj*

1. Introducción

No quiso proclamar un «mensaje para el mundo». Sin embargo, la homilía del P. Adolfo Nicolás, el nuevo Superior General de la Compañía de Jesús, en la misa de acción de gracias del 20 de enero pasado fue una presentación, al menos, de su actitud fundamental de gobierno. Recordó a los jesuitas el horizonte apostólico al que se debían: «estamos aquí para servir» desde la radicalidad de que «la fuerza del servidor es solamente Dios». El servicio de la Compañía de Jesús es propiamente «un mensaje de salvación» a proclamar en «otras comunidades no geográficas»: las constituidas por los excluidos de este mundo. Ellos son «las naciones para las que la salvación es todavía un sueño, un deseo». La empresa, en definitiva, es ésa: «la salud, la salvación, la alegría de los pobres». Pensando en los trabajos inminentes que iban a iniciar los congregados, el P. Nicolás les insinuó una ruta de búsqueda:

> «En este momento de nuestra historia [es] donde debemos poner nuestra atención, nuestro servicio, nuestras energías. O con otras palabras, cuál es el color, el tono, la figura de la salvación hoy para tantos y tantos que tienen de ella necesidad, para tantas "naciones" humanas, no geográficas, que todavía reclaman salud. Son muchos los que esperan en una salvación que todavía no hemos

* Provincial de la Provincia Bética (Andalucía y Canarias). <fjruiz@probesi.org>.

comprendido. Abrirse a esta realidad es el desafío, la llamada de este momento».

Fueron palabras sugerentes, de fuerte sabor *misionero,* en el arranque de la fase *ad negotia* de la Congregación General 35 (CG 35). Y, sin duda alguna, oportunas para afrontar las cuestiones que habían alcanzado suficiente entidad como para ser parte de la agenda de las próximas sesiones.

En el tratamiento de esos temas se decantaron aspectos nucleares para el ser y el hacer de la Compañía de Jesús contemporánea, muy en conexión con la invitación a la misión que el P. Nicolás expresó a los congregados. Tales aspectos nucleares vaticinaban tareas futuras y posibles para el liderazgo del nuevo General. A continuación esbozo una lectura de la CG 35 que extrae dos líneas que *probablemente* puedan requerir la atención del gobierno de la Compañía en todos sus niveles. Pido al lector que nunca entienda en lo que sigue que se pretende ya dictaminar a ese gobierno lo que sólo el Espíritu puede indicar.

2. Un punto de partida

Para enfocar esas líneas, que posiblemente recabarán energía de gobierno, antes quisiera enunciar *grosso modo* lo que me atrevo a entender como la principal aportación de la CG 35.

Toda formulación es imperfecta. Mucho más si va detrás del núcleo de una experiencia tan compleja como es una Congregación General. Desde esa limitación, resumiría así el fruto de lo discernido y decidido por los congregados:

La CG 35 anima hoy a la Compañía de Jesús a asumir su misión...

- *colocando esa misión nuevamente en el corazón del jesuita y de nuestros colaboradores* –reencuentro identitario y afectivo con la misión;
- *articulando esa misión comunitariamente* –reflexión sobre el voto de obediencia– *y eclesialmente* –reapropiación del cuarto voto;

- *reconociendo las dimensiones globales de esa misión* –reformulación de la universalidad de la misión de la Compañía y asunción de las consecuencias estructurales para el gobierno de la Orden–; y
- *refiriendo esa misión particularmente a espacios y desafíos de frontera* –acogida de los impulsos de misión de las Congregaciones Generales previas, de las prioridades apostólicas del generalato anterior y, por encima de todo, del envío expresado en el discurso de Benedicto XVI a los congregados en su audiencia del 21 de febrero.

Por en medio de esta gracia rica y poliédrica de la CG 35 se podría trazar una separación entre dos áreas que, muy probablemente, serán objeto de trabajo para el gobierno en la Compañía:

a) La primera de ellas implica decisiones que se relacionan con la *cura apostolica* y que han de responder a la pregunta acerca de cómo encajar la dimensión *universal* –es decir, internacional, intercontinental e intercultural– con que se nos presenta la misión actualmente.
b) La segunda área afecta a la *cura personalis* y se centraría en resolver cómo sostener al *sujeto* –jesuitas, estructuras de la Orden, colaboradores, obras– para que sea capaz de realizar esa misión de renovada dimensión universal.

Desarrollo muy brevemente ambas dimensiones.

2.1. Acoger la acentuación universal de la misión

La CG 35 viene a aceptar que nos encontramos ante un *nuevo contexto* para la misión. El dato fundamental de esa novedad es el orden que crea el actual proceso de globalización. Los decretos y los documentos de la CG 35 reflejan este dato en más de una ocasión. Recojo sólo dos ejemplos particularmente significativos, en los cuales se aprecia que la globalización es *el* contexto considerado por excelencia.

El primero está tomado del decreto sobre la misión, que no duda en enmarcar la acción de la Compañía dentro de una cosmovisión muy condicionada por el impacto de la interdependencia creciente en el mundo, impacto que es posible porque se apoya sobre estructuras interrelacionadas de naturaleza cultural, social y política. Para el decreto,

las consecuencias que eso está generando son de enorme calado para la Orden. La globalización incide decisivamente en la mismísima médula de la misión de la Compañía, tal y como ha sido concebida desde la CG 32 hasta nuestros días (servicio de la fe, la justicia, el diálogo interreligioso y el diálogo con las culturas[1]).

El segundo ejemplo lo tomo del decreto sobre cuestiones de gobierno. Uno de los principios rectores que justifican muchas de las medidas introducidas en ese decreto es que nuestras estructuras de decisión y nuestros modos de proceder han de responder al ritmo acelerado de la globalización, a la dimensión transnacional y multicultural de los retos afrontados por la Iglesia y a nuestros deseos de colaborar más en la Compañía universal[2]. Aunque el trasfondo de ese principio no es original[3], el realce y la urgencia con que se propone sí que encierran novedad y promueven decisiones que reclaman realización inmediata.

La globalización no es únicamente un dato de realidad. Para los congregados también es claro que ese dato precisa ser *discernido.* Y para efectuar ese discernimiento aplican el esquema típico del modo en que la espiritualidad ignaciana afronta la realidad. En concreto, descubren en la globalización una cierta encrucijada:

a) *La oportunidad.* La globalización está transformando nuestra percepción de la humanidad y de sus retos, pero a la vez está sugiriendo vías inéditas para incidir sobre esos retos con un efecto hasta ahora desconocido. Por eso la globalización es una oportunidad extraordinaria para el futuro del mundo y, ciertamente, para la misión de la Iglesia. En otras palabras: la globalización es virtuosa, potencia la conciencia de *universalidad* y nos deriva hacia procesos de mayor humanización.

b) *La amenaza.* Al mismo tiempo, la globalización está fracturando el mundo y dibujando un nuevo mapa de desigualdades. Es amenaza de unas dimensiones hasta ahora nunca soñadas. También con otras palabras: la globalización es pecadora, potencia la conciencia de la *exclusión* y activa procesos de deshumanización.

1. Cf. Decreto *Desafíos para nuestra misión, hoy. Enviados a las fronteras,* n. 9.
2. Cf. Decreto *Gobierno al servicio de la misión universal,* n. 1.
3. Se sigue en línea con otras Congregaciones Generales: cf. CG 31, d. 48, n. 8; CG 32, d. 4, n. 81; CG 33, d. 1, n. 46; CG 34, d. 21.

Esa encrucijada aparece formulada igualmente en el discurso de Benedicto XVI a todos los congregados en la audiencia que nos concedió. La globalización esconde una dualidad en sus entrañas que describe así:

> «Vuestra Congregación tiene lugar en un período de profundos cambios sociales, económicos y políticos; de urgentes problemas éticos, culturales y medioambientales, y de conflictos de todo tipo; pero también de comunicaciones más intensas entre los pueblos, de nuevas posibilidades de conocimiento y diálogo, de hondas aspiraciones a la paz. Se trata de situaciones que constituyen un reto importante para la Iglesia católica y para su capacidad de anunciar a nuestros contemporáneos la Palabra de esperanza y de salvación».

Si la espiritualidad ignaciana es maestra en detectar encrucijadas, es porque el discernimiento ignaciano siempre ha de abocar a una elección. Y la CG 35 toma opciones en esa encrucijada que es la globalización. *Elige universalidad.* Opta justamente por aquella dimensión positiva del fenómeno ambivalente de la globalización, con la mira puesta en la misión. El lado virtuoso de la globalización se manifiesta en cómo ha ayudado efectivamente al repunte de una conciencia que se formula preguntas y deseos desde una perspectiva más universal. Ése es, justamente, el mejor reactivo al lado más nefasto de los procesos globalizadores del momento.

Congenia bien todo ello con el principio ignaciano de que «el bien, cuanto más universal, es más divino»[4]. O dicho de otra manera: los desafíos contemporáneos, derivados de un mundo roto internamente por los efectos dañinos de la globalización, exigen respuestas desde parámetros distintos de los meramente locales. Y eso incide directamente en la concepción de nuestros ministerios y nuestras obras.

Reseño tres síntomas de que esa opción se puso en marcha a lo largo de la CG 35:

a) *La figura del P. Adolfo Nicolás.* Cuando el nuevo General fue elegido, todavía la CG 35 estaba dando sus primeros pasos. Carecía

4. *Const.* 622.

aún de un mensaje elaborado. Sin embargo, ya en el General que la CG 35 decide proporcionar a toda la Compañía se logra entrever una moción de fondo que posteriormente cobrará más matices. El P. Nicolás simboliza tanto la tradición como la sensibilidad misionera universal de la Compañía. Su currículo es la descripción de cómo se ha ido construyendo biográficamente un puente cultural entre Occidente y Oriente[5]. Ese perfil tocado de universalidad, entre otras razones, es el que la CG 35 quiere que impregne la instancia mayor de gobierno en la Orden.

b) *Insistencia en prioridades apostólicas comunes.* El P. Peter-Hans Kolvenbach había establecido en 2003 varias prioridades apostólicas para toda la Compañía. Por expreso deseo de los congregados, se recogieron nuevamente esas prioridades en el decreto sobre la misión[6]. No era un acto de cortesía. Dentro del respeto a «las prioridades provinciales o regionales», la CG 35 retoma la intuición del anterior generalato de destacar líneas de misión dentro de un plano distinto, superior al puramente local. Algunas de esas prioridades tienen carácter regional –opción por África y por China–. Otras tienen carácter transversal –opción por las Casas Interprovinciales de Roma, el apostolado intelectual y las migraciones–. Pero todas ellas afectan a la Compañía entera, no sólo a determinadas Conferencias, Provincias o Regiones. Representan *hitos comunes de universalidad* que imprimen a la Compañía una dinámica que la impulsa por encima de planificaciones apostólicas ceñidas a contextos demasiado inmediatos.

c) *Apuesta por nuevas estructuras.* Fue muy significativo que el título propuesto para el decreto sobre cuestiones de gobierno resultara ser el de *Gobierno al servicio de la misión universal.* Avanzar en la internacionalización de nuestras estructuras organizativas y cre-

5. Acabada la Filosofía en Madrid, en 1960 marcha a Japón. Allí hace Teología y se ordena. De 1968 a 1971 se doctora en la Gregoriana con un trabajo sobre Teología del progreso. Será profesor de Teología Sistemática en la Universidad Sophia de Tokyo hasta 1978. Se le destina a Manila como director del Instituto de Pastoral entre 1978 y 1984. De 1993 a 1999 es Provincial del Japón. Asiste a la CG 34, de la que es Secretario. De 2004 a 2008 será Moderador de la Conferencia de Provinciales de Asia Oriental y Oceanía.
6. Cf. Decreto *Desafíos para nuestra misión...,* n. 39.

cer en la manera de determinar más interprovincialmente nuestra movilidad misionera y nuestros proyectos apostólicos: ése era uno de los objetivos que inspiraron muchas de las proposiciones de cambios estructurales contenidas en el Decreto. Uno de ellos, el más sonado, fue el fortalecimiento que reciben las Conferencias de Superiores Mayores. Lo interesante es que aquí no sólo se hablaba ya de ideales. De algún modo, al fijar jurídicamente transformaciones en sus estructuras de misión, la CG 35 ha metido a la Compañía en un camino sin retorno hacia un *magis* de universalidad. La CG 35 reconoce así, básicamente, que somos un cuerpo apostólico destinado a dispersarse. Nuestra universalidad no es adjetiva, sino sustantiva: la vocación jesuítica es para *discurrir*[7].

2.2. Afrontar la unión del Cuerpo apostólico

Los delegados con experiencia de otras Congregaciones Generales insistían en lo mismo: nunca ha sido tan visible la diversidad interna de la Orden como en esta ocasión.

Siempre ha sido inherente a la espiritualidad ignaciana la atención a la peculiaridad de la persona y de su proceso espiritual. Ese principio se ha trasladado también a las *Constituciones* y ha impreso una cierta marca corporativa a los jesuitas. El respeto simultáneo a «personas, tiempos y lugares», por el que debe regirse en muchas circunstancias la toma de decisiones en la Compañía, genera pluralidad interna.

Sin embargo, a esa pluralidad se ha sumado otro factor importante de diversidad en la Compañía: su internacionalidad creciente. En el aula de la CG 35 se concentraban 45 lenguas maternas diferentes y se sumaban más de 120 nacionalidades. Más de la mitad de los miembros eran jesuitas que representaban a las Conferencias de los continentes africano, latinoamericano y asiático. No sólo era palpable que se había producido un desplazamiento geográfico de la Orden. Al mismo tiempo, era evidente que se ha realizado una implantación real y autónoma de la Compañía en espacios culturales distintos del occidental, desde los que vienen sensibilidades nuevas y horizontes de sentido también

7. Cf. CALVEZ, J.-Y., art. «Universalidad», en *Diccionario de Espiritualidad ignaciana,* Mensajero – Sal Terrae, Bilbao–Santander 2007, pp. 1.743-1.747; RUIZ PÉREZ, F. J., art. «Discurrir», en *ibid.,* pp. 640-641.

heterogéneos. El proceso viene de atrás y, por lo que se intuye, es imparable. Sólo una cifra para demostrarlo: el 40% de los novicios que anualmente inician su andadura jesuítica provienen de Asia. En suma, la Orden experimenta un impulso centrífugo debido a una lógica interna a su comprensión de la misión: desde siempre, la misionología jesuítica ha sido profundamente encarnatoria. Y no es de extrañar, por tanto, que ahora tenga la fisonomía multicultural con la que se presentó en la CG 35.

Otra circunstancia, de naturaleza muy distinta, abunda en la heterogeneidad actual de la Compañía. A pesar del esfuerzo por mantener la vitalidad y la creatividad apostólica en medio de sociedades que revisan a la baja sus credenciales cristianas, los jesuitas de buena parte de Europa y América están sometidos a la presión de una sequía vocacional persistente y a la erosión religiosa provocada por el capitalismo postmoderno. Este decaimiento numérico de la Orden en Occidente hace que el efecto de la centrifugación sea mayor todavía. Aunque las hay, en los próximos años no se atisba un aumento significativo de vocaciones. Sucede lo contrario en las Provincias y Regiones de otros continentes. La Compañía echa raíces en ellos. El resultado es que la Orden vive el peso específico de *otros centros.* Piensa desde esos centros y vislumbra misión desde la perspectiva y la sensibilidad que brota en ellos.

A la vista de este escenario, es obvio que la gestión de esta diversidad de la Orden, ahora más palpable, representa una tarea ingente. Todavía más si se tiene en cuenta lo que se reseñaba en el apartado anterior: el actual generalato tiene ante sí la labor de proyectar la Compañía según una universalidad mayor. Precisamente en varios de los documentos y en más de una discusión de aula fue cita recurrente la expresión conocida de Nadal: «A la Compañía todo el mundo le ha de ser casa»[8].

También aquí hay una cierta encrucijada, que se convirtió en tarea de discernimiento para la CG 35. Hubo que situarse en medio de una tensión no sencilla: era necesario articular esa pluralidad exuberante y ese potencial de dispersión de la Compañía actual con una fundamental *unión de los ánimos.* Describo rápidamente esa materia de discernimiento:

8. *MNad* V, 364-365.

a) *Favorecimiento de la diversidad apostólica de la Orden.* Un mundo policéntrico es también germen de una misión policéntrica. A los congregados se les hizo patente que las necesidades de misión se han *regionalizado,* que la Compañía está cada vez más empeñada en desafíos con incidencia en áreas y grupos concretos. Hablando en términos generales, puede decirse que hay diferencias cualitativas notables entre las necesidades de misión que ahora mismo se plantean en cada continente.

La CG 35 ha apoyado esa *regionalización* de la misión a través del impulso de las Conferencias de Superiores Mayores. Las fortalece y promueve, en tanto que organismos de cooperación entre las Provincias y Regiones, para determinados aspectos inter- y supraprovinciales de la misión (obras comunes, centros de formación, redes, equipos interprovinciales, regiones geográficas)[9]. Quizá sea ésa una de las aportaciones más significativas de su discernimiento a la estructura de gobierno que se desea para el momento presente. En el fondo, es el reconocimiento de que la proyección apostólica de la Orden en el futuro pasa por pagar cuota a la complejidad de la situación actual del mundo. Una muestra de ello es el espacio que obtuvo en el aula la problemática de los pueblos originarios. No se toma la opción de acoger esa problemática como desafío para toda la Compañía, pero sí se le concede atención allí donde es regionalmente crítica la situación de tales pueblos, especialmente fustigados por los efectos negativos de la globalización[10].

b) *Mantenimiento de la unión del Cuerpo apostólico.* Sin embargo, también es verdad que esa promoción de la iniciativa apostólica en respuesta a las urgencias regionales no se deseaba que pusiera en cuestión la cohesión del Cuerpo apostólico. La CG 35 fue totalmente consciente del peligro colateral que puede tener una misión que quiere y debe inculturarse en puntos y áreas muy dispares. A la amenaza externa que representa para nuestra realidad corporativa la fragmentación de la cultura actual se le puede sumar la fuerza disgregadora que posee dentro de sí la diversidad cultural y el

9. Cf. Decreto *Gobierno...,* n. 18 b.
10. Cf. Decreto *Desafíos para nuestra misión...,* n. 33.

interés apostólico concreto de las Conferencias, Provincias y Regiones de la Compañía.

Esa tensión se remonta, dentro de las proporciones de entonces, a los mismísimos orígenes de la Orden[11]. Los primeros compañeros tenían la certeza de que su unión evitaría la desaparición de la realidad carismática de la que eran cofundadores. He ahí el fruto de su primera deliberación acerca de cómo encajar la diversidad intrínseca del grupo y la llegada muy probable de misiones que los separarían. Se querían entender como *cuerpo,* como un *nosotros.* Y, en efecto, la misión los esparce, pero no los divide, precisamente porque no se la dan a sí mismos, sino que la reciben del Papa y en tanto que grupo cohesionado internamente. El decreto sobre identidad se detiene expresamente sobre este momento fundacional y lo rescata por considerarlo esencial en la coyuntura contemporánea de la Orden[12]. El documento se congratula de que, *mutatis mutandis,* los delegados hayan vivido una experiencia similar de unión de los ánimos. Al calor de lo sucedido en la misma CG 35, reconoce que los jesuitas, «a pesar de nuestros contextos y culturas diferentes, nos sentimos notablemente unidos». En la CG 35 se han dado ocasiones en que, «una y otra vez, hemos tenido el privilegio de conocernos como uno en el Señor: un cuerpo unido, apostólico, que busca lo mejor para el servicio de Dios en la Iglesia y para el mundo»[13].

La CG 35 sigue de cerca esta dialéctica y nunca la evita. Su opción es subrayar, dentro de su convencida decisión de promocionar la diversidad apostólica de la Orden, la necesidad de *preservar la unión del Cuerpo apostólico.* Destacaría dos elementos que así lo certifican, que suponen un apuntalamiento de la unión de ánimos y que ciertamente tendrán repercusión en el gobierno de los próximos años:

a) *El P. General y su papel decisivo en el contexto global de la Compañía.* Si, por un lado, el decreto sobre cuestiones de gobierno fa-

11. Cf. *Deliberaciones de los primeros Padres,* n. 1 (*MHSI, Mon. Ign.* I).
12. Cf. Decreto *Un fuego que enciende otros fuegos. Redescubrir nuestro carisma,* n. 2.
13. *Ibidem.*

vorece fuerzas centrífugas en el seno de la Compañía respondiendo a la idiosincrasia del mundo globalizado, por otro lado se preocupa mucho por compensarlas adecuadamente. Lo hace, entre otras cosas, reparando en el peso específico del papel del P. General. El decreto recuerda que es «una fuente de unidad en el cuerpo universal de la Compañía» en medio de «la rica diversidad de los miembros de la Compañía y la necesidad de una inculturación adecuada para realizar nuestra misión en la Iglesia universal y en un mundo cada vez más globalizado». Desde ahí, el principio general será que, «puesto que el gobierno en la Compañía siempre busca un equilibrio apropiado entre la unión y la diversidad, el cargo del P. General se debe ejercer de tal modo que respete esa diversidad, a la vez que la pone al servicio de nuestra misión universal y de nuestra identidad»[14]. Ni siquiera cuando la CG 35 avala las Conferencias de Superiores Mayores, se pierde la ocasión de articular su función con el papel del General:

> «Reconociendo la autoridad del P. General para la misión universal, estamos convencidos de que hoy es una necesidad insoslayable la colaboración entre las Provincias y Regiones para llevar a cabo la misión apostólica de la Compañía»[15].

b) *A vueltas con el voto de obediencia.* Antes y durante la CG 35 aparece un discurso con diferentes registros sobre la vida comunitaria en la Compañía. Fue ciertamente un tema privilegiado en la reunión de Superiores Mayores en Loyola en 2005, de modo que determinó una de las líneas de trabajo de las comisiones preparatorias de la Congregación General. Ya entonces era sintomática la preocupación de fondo por revitalizar *la fuerza de cohesión* que es la vida comunitaria para un estilo de vida apostólica tan dispersivo como el de la Compañía. Paradójicamente, no prosperó en la CG 35 un decreto que enfocara nuevamente la cuestión. Pero ello no impidió en absoluto que el tema emergiera repetidamente en los decretos que salieron adelante[16].

---

14. Decreto *Gobierno...,* n. 7.
15. *Ibid.,* n. 17.
16. Efectivamente, hay apuntes breves, aunque significativos, en otros decretos. De especial valor son los que aparecen en el de misión (cf. nn. 19 y 41), iden-

Entre ellos, hay que destacar el de obediencia y la reflexión que proporciona a la Compañía sobre el tercer y el cuarto votos. Sin entrar en detalles que exigirían un espacio mucho mayor que éste, sólo habría que subrayar la intención del decreto de rememorar, por un lado, la dimensión comunitaria intrínseca al seguimiento cristiano y, por otro, el carácter corporativo de la Compañía. Otra vez la deliberación de los primeros compañeros vuelve a ser argumento de autoridad. El decreto insiste en que aquel discernimiento les animó a concluir que el voto de obediencia a uno de ellos los llevaría «a seguir la voluntad de Dios en todo con mayor certeza y con mayor alabanza y mérito»[17]. Es decir, la cohesión generada por el voto de obediencia es esencial para la misión. En su momento, la aseguró. La CG 35 advertirá que también la asegura hoy en un contexto cultural como el contemporáneo, que da primacía a la autosuficiencia y dificulta el compromiso por poner en crisis la necesaria disponibilidad para la misión. En concreto, señala que «en la Compañía el discernimiento es discernimiento del cuerpo, que tiene en cuenta una multiplicidad de voces, pero que sólo llega a su final cuando el superior confía la misión»[18]. Se vislumbra en todo ello un deseo que estuvo latente en todo el recorrido de la CG 35: el de que el jesuita se vea no sólo desde los *Ejercicios* y desde la espiritualidad ignaciana, sino también desde las *Constituciones,* el lugar en el que el seguimiento se expresa ya como pertenencia a un Cuerpo apostólico de Vida Religiosa en la Iglesia.

3. Conclusión

En una entrevista en *Province Express,* un medio de los jesuitas australianos, días antes de partir para la Congregación General, el P. Nicolás confesaba una de sus esperanzas ante el acontecimiento. Su ilusión

tidad (cf. nn. 4, 7, 18, 19, 20, 26 y 27) y colaboración (cf. n. 4, 7, 13). Y no deja de ser interesante que ni siquiera un decreto tan jurídico como el de cuestiones de gobierno perdiera la oportunidad de arribar a varias consideraciones sobre vida comunitaria (cf. nn. 30, 31 a, 33, 34, 35 y 38).

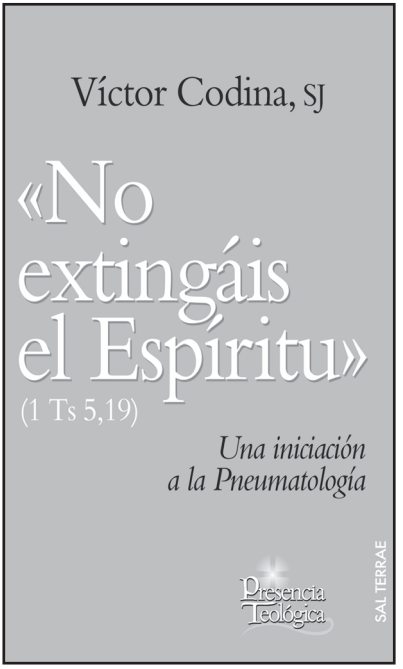
17. *Deliberaciones...,* 4.
18. Cf. Decreto *La obediencia en la Compañía de Jesús,* n. 20.

era que en la CG 35 se empezara «un proceso de reflexión dinámica y abierta sobre la vida religiosa, con el cual se iniciara un camino de recreación de la Compañía para hoy, no sólo en la calidad de nuestros ministerios, sino también y sobre todo en la calidad de nuestro testimonio personal y comunitario en la Iglesia y en el mundo».

Ojalá que la CG 35 le haya dado pistas para avanzar en su deseo. En este artículo se han querido rescatar algunas de ellas ante la visión de la CG 35 sobre la *vida a la apostólica* que pretende encarnar hoy la Compañía. Es la visión de una misión que siente el ensanchamiento del mundo y de sus anhelos y que no puede sino ser decididamente más universal. Pero es la visión también de una misión que se ancla en el don de un discipulado compartido, comunitario, dentro del cual vibra la unión de los ánimos, el espacio en el que el Espíritu inspira el discernimiento apostólico para el servicio a la Iglesia. Por ese motivo, no es extraño que la experiencia de *La Storta* se convirtiera en el icono preferido de la CG 35 para dar cuenta de su novedad para la Compañía.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

VÍCTOR CODINA, SJ

«No extingáis el Espíritu» (1 Ts 5,19).

Una iniciación a la Pneumatología

248 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 15,00 €

En un mundo donde muchos, desilusionados, abandonan la Iglesia, o incluso la misma fe cristiana, la referencia al Espíritu se vuelve hoy indispensable. La Iglesia, sobre todo la occidental y latina, ha pagado muy caro el no haber escuchado a tiempo el clamor del Espíritu que sopla dentro y fuera de la comunidad eclesial: en los laicos, en las mujeres, en los jóvenes, en los movimientos sociales, en los humanismos, en los indígenas, en las Iglesias y en las religiones de la humanidad. ¡Hemos de escuchar su clamor! El Espíritu sigue presente y dinámico en la historia.

ST 96 (2008) 383-395

Permanecer apasionadamente en las fronteras

José Ignacio García Jiménez, sj*

La 35 Congregación General de la Compañía de Jesús se reunió en enero de 2008 para elegir al P. Adolfo Nicolás como sucesor del P. Peter-Hans Kolvenbach, que ha sido su Superior General durante un cuarto de siglo. Quienes conocen la Compañía de Jesús saben la importancia que tiene la figura de su Prepósito, elegido de por vida, o al menos mientras las fuerzas le permitan desempeñar su cargo. Éste ha sido el motivo central de su convocatoria. Pero también ha dedicado buena parte de sus trabajos a reflexionar sobre el estado actual de esta orden religiosa y ha elaborado algunos documentos en torno a la identidad del jesuita, la misión, el voto de obediencia, la colaboración con los laicos y algunas estructuras internas de gobierno. La intención de este artículo no es hacer una recensión de los documentos elaborados, sino proponer algunos comentarios que surgen a partir de ellos y de lo debatido en la misma Congregación[1].

Hay dos ejes básicos para esta reflexión. Por un lado, una mirada a la situación de la Iglesia y la presencia de la Compañía en ella; por otro, una atención especial a la misión, es decir, el horizonte al que se orienta la vida misma de la Compañía. La conjunción de estos dos lu-

* Profesor en la Escuela de Ingeniería Técnica Agrícola INEA. Valladolid. <jignacio@inea.uva.es>.

1. Como se señala en la introducción de este número de *Sal Terrae,* en el momento de redactar este artículo no se dispone todavía de la versión oficial de los documentos aprobados, pendiente todavía de cotejar traducciones y hacer correcciones de estilo. Procuraré evitar la cita literal de los textos no oficiales, pero si recogeré, con las palabras más próximas, el contenido de los mismos.

gares, no físicos pero sí reales, puede llamarse hoy para la Compañía «las fronteras». No es una imagen nueva, por supuesto, pero sí se ha cargado de un sentido que esperamos pueda ser nuevo.

¿Se puede decir algo más?

Los temas de discusión en esta Congregación General (CG) tenían una múltiple procedencia. Por una parte, había cuestiones que procedían de las congregaciones provinciales: vendrían a ser algo así como cuestiones promovidas desde «la base», es decir, cuestiones que jesuitas de diferentes lugares del mundo pedían que fueran tratadas. Los temas eran de lo más diverso, algunos con acento local, otros con acento más general, pero sin duda de una gran diversidad. El conjunto de estas 350 sugerencias fue analizado por una comisión previa que decidió agrupar todas estas propuestas en unos catorce temas diferentes que se transformarían en diferentes «recomendaciones» al gobierno de la Compañía.

La segunda fuente de temas a tratar eran los que el P. Kolvenbach propuso a partir de la reunión de provinciales celebrada en Loyola en 2005. Eran básicamente cinco, y para su tratamiento se promovieron cinco comisiones que elaboraron sus informes respectivos, que se convertirían en material de apoyo en los trabajos de la Congregación. Estos temas fueron: la colaboración jesuitas-laicos, la vida comunitaria, las Conferencias de Superiores Mayores (modo de coordinar las provincias a nivel de los distintos continentes), la periodicidad y organización de las Congregaciones Generales y el apostolado social.

La tercera fuente de cuestiones a tratar serían temas propuestos por los mismos congregados. Lo cierto es que esta tercera fuente no llegó a estrenarse. Con todo lo anterior hubo más que suficiente para mes y medio de trabajo, descontado el tiempo dedicado a la elección del nuevo Superior General.

Éste sería el marco general de cuestiones tratadas. En cuanto la Congregación se puso manos a la obra, surgió la inquietud: pero ¿se puede decir algo más? Inquietud que surgía unas veces de manera implícita, y otras de manera explícita, tanto en las discusiones de grupo como en la misma asamblea. Resultaba difícil reconocer avances o nuevos aportes en muchos de los temas analizados. Latía la sensación de que en muchos temas lo dicho por anteriores Congregaciones, o lo

formulado por el P. Kolvenbach en sus escritos durante sus casi veinticinco años de gobierno (concretamente, sobre Formación o sobre Vida Comunitaria), hacía casi inútil, y fácilmente repetitivo, lo que pudiese decir la CG 35. La opción más honesta sería, y así ocurre en varios decretos, reconocer que se confirma y se considera punto de partida, nuevamente, lo afirmado en Congregaciones precedentes.

Existe la sensación de que nos encontramos con un cuerpo doctrinal y de reflexión más que suficiente para afrontar los tiempos presentes. Con matizaciones, por supuesto; pero lo cierto es que los documentos de las Congregaciones 31, 32 y 34 ofrecen herramientas de análisis, reflexiones de conjunto y opciones concretas que siguen siendo validas y que no están, ni mucho menos, agotadas. Al contrario, la lectura y reflexión de esos documentos sigue siendo inspiradora para nuestro hacer. ¿Qué faltaría, entonces? Evidentemente, aplicar. Ése fue el eslogan de la CG 34. No nos faltan argumentos; lo que nos sigue costando es su encarnación. La CG 35 ha venido a insistir en otro aspecto de esa «implementación» de nuestros documentos normativos: necesitamos inspiración, necesitamos sentir que nuestra acción se produce en un contexto animado y sostenido por el Espíritu del Señor y no sólo por nuestros esfuerzos y planificaciones, por otro lado imprescindibles.

Creo que esto puede dar alguna pista del contexto en que se produjeron los debates de la CG 35, la sensación, y muchas veces la convicción, de que formulaciones y textos anteriores recogían sobradamente lo que la Compañía puede necesitar actualmente.

En el tema de la misión, en concreto, esta convicción era plenamente compartida y se refleja en el hecho de que el Decreto sobre esta materia comienza declarando expresamente que considera que lo propuesto en la CG 32 (celebrada en 1975) y asumido por la 34 (celebrada en 1995) es plenamente válido, y se propone «confirmar» lo establecido previamente. De tal manera que «el fin de nuestra misión (el servicio de la fe) y su principio integrador (la fe dirigida hacia la justicia del Reino) están así dinámicamente relacionados con la proclamación inculturada del Evangelio y el diálogo con otras tradiciones religiosas como dimensiones de la evangelización»[2]. Luego, nuevamente, volvemos al punto de partida: ¿se puede decir algo más?

2. CG 34, D. 2, n. 15.

La CG 35 reconoce que no va más lejos en lo que se refiere a definiciones de nuestra misión o a cambios sustanciales en el modo de concebir la identidad y la misión del jesuita y de la Compañía en nuestros días. Lo que sí se va a reconocer, y serán ésas sus aportaciones, es que el contexto que ya se alumbraba en 1995 (CG 34) se ve confirmado. La globalización se vive hoy en su pleno apogeo como un fenómeno de cambios tan rápidos y bruscos que lo hacen difícilmente predecible. Quizá sea otra lección, dura, de nuestro tiempo: el contexto hace muy provisionales nuestros análisis. El contexto tan dinámico, tan cambiante, hace que las tomas de postura sean muy frágiles. Nos movemos casi siempre en un tono de cierta provisionalidad. Junto a este contexto tan cambiante, el que las formulaciones de las congregaciones precedentes sigan teniendo validez creo que puede interpretarse en una doble vertiente. Por un lado, expresaron realidades que, en conjunto, permanecen, incluso en medio de tantos cambios. Por otro lado, muestran un horizonte todavía no agotado.

Con todo, trataremos de dar cuenta en estas páginas de que la CG 35 también ha propuesto su novedad, no como ruptura, sino en clave de confirmación y extensión de lo dicho y vivido hasta ahora.

¿Somos tan importantes?

La elección del «Papa negro» se ha convertido, sorprendentemente, en un asunto de relevancia en los medios de comunicación. Digo «sorprendentemente» porque los asuntos de Iglesia no suelen tener mucho predicamento en los *mass media,* y por lo general sólo cuando significan posiciones que chocan con lo políticamente correcto o cuando se quiere insistir en la imagen de institución atrasada y fuera de la realidad. Por eso el tratamiento dado a la elección del nuevo Superior General, en extensión y en profundidad, ha sido una causa de alegría.

Que un acontecimiento eclesial se haya convertido en noticia, y no para escándalo, sino para hablar positivamente de la vida de un misionero, de su nueva responsabilidad y de la actividad de la orden religiosa que lidera, debe ser motivo de alegría. Al menos por una vez no salimos en televisión envueltos en escándalos, sino con un tono de esperanza y compromiso con el mundo. Pero este cierto impacto mediático, que ha durado lo que duran las noticias en prensa, no debería deslumbrarnos.

Desde luego, no debería deslumbrarnos hacia fuera. Hemos sido noticia, pero ello no significa que tengamos influencia, o que nuestra opinión vaya a ser difundida por los medios de comunicación. Situar las cosas en un término más equilibrado es imprescindible. La elección del nuevo General ha recibido atención por los medios de comunicación, en parte por lo que tiene de novedad (el anterior fue elegido hace veinticinco años), y en parte, y es justo reconocerlo, porque la Compañía de Jesús tiene todavía una presencia importante en la vida de la Iglesia y una presencia no despreciable en el mundo de la educación, la enseñanza y el diálogo cultural.

Todo lo anterior debería ser muy matizado, pero no es el objeto de este artículo; sólo quería destacar esta cuestión de la relevancia, o no, de lo que la Compañía de Jesús puede seguir significando en el seno de la Iglesia. Y todo ello de un modo muy intuitivo. Creo que los matices vendrían por cómo nos percibimos nosotros, cómo nos perciben desde fuera y la diversidad de situaciones.

En cuanto a cómo se percibe desde dentro de la Compañía su influencia en la Iglesia, creo que, en general, se siente que es muy pequeña. No tenemos tanta influencia en la formación de sacerdotes y religiosos como sin duda tuvimos en el pasado; existen muchos centros diferentes, igual sucede en el mundo de las publicaciones, y no digamos en las iniciativas pastorales. Hasta en los *Ejercicios Espirituales,* en los que hemos disfrutado de un cierto monopolio, hoy son muchos los religiosos, y especialmente las religiosas, que se dedican a ellos. Este análisis no quiere ser preciso, pero creo que se puede afirmar, sin dramatizar (y en algunos aspectos con alegría), que la conciencia interna es de disminución de la influencia.

Desde fuera es mucho más diversa la valoración, dependiendo de quién la haga. Pero, en general, habría una tendencia a reducir el impacto de nuestra influencia. Para unos, porque ideológicamente nos movemos en direcciones inapropiadas, esta línea no admite mucha argumentación, más que nada porque no les interesa escucharla. Para otros, porque afortunadamente ha crecido su autonomía, y ya no son tan dependientes de los «padres jesuitas». En conjunto, desde dentro y desde fuera, nos situamos en un plano de más equilibrio. No se trata de falsas humildades, sino de un sano realismo.

Pero un tercer matiz es necesario en este análisis. Se trata de reconocer la diversidad de situaciones, de países, contextos e iglesias loca-

les. Esto hace que lo anterior esté más referido a las iglesias occidentales (Europa y América), puesto que hay otros lugares en los que la Compañía sí que tiene influencia importante en la marcha de Iglesias locales o de la formación de la vida religiosa. Salvando la gran diversidad de situaciones, y en una perspectiva más de conjunto, sí que podemos reconocer, sin aspavientos, una pérdida de influencia, pero no de responsabilidad: ésta no tiene que verse disminuida.

¿Adónde va la Iglesia?

Sólo unas pinceladas para generar un marco de reflexión, provisional e incompleto, que ayude a la comprensión de la CG 35. Mientras estábamos en Roma celebrando la Congregación, se produjo el incidente que llevó al Papa Benedicto XVI a declinar la invitación que había recibido para visitar la Universidad de La Sapienza, de Roma. En el *Angelus* del domingo 20 de enero, el Papa describía así lo sucedido: *«Por desgracia, como es sabido, el clima que se había creado ha hecho inoportuna mi presencia en la ceremonia. A pesar mío, desistí de acudir a la invitación, pero de todos modos he querido enviar el texto que había preparado para esa ocasión. Con el ambiente universitario, que durante largos años fue mi mundo, me unen el amor por la búsqueda de la verdad, por el diálogo franco y respetuoso de las recíprocas posiciones. Todo esto también forma parte de la misión de la Iglesia, comprometida a seguir fielmente a Jesús, Maestro de vida, de verdad y de amor».* El acontecimiento provocó un revuelo extraordinario en toda Italia y sirvió para practicar la dialéctica en todos los foros imaginables (académicos, prensa, televisión...) y para promover manifestaciones públicas de solidaridad con el Papa y de rechazo frente a la postura intransigente e intolerante de un reducido grupo de profesores y algunos alumnos.

El caso nos puede ayudar para apuntar un estado de ánimo en la Iglesia en los tiempos actuales, aquí en Occidente. Se trata de percibirse no aceptada, rechazada, agredida, mientras que por nuestra parte, cristianos, habría una voluntad decidida de diálogo y encuentro. Ejemplos de que la Iglesia se siente agredida y amenazada abundan, especialmente en la sociedad española. El laicismo se ha convertido en la bestia negra para la opinión pública de muchos católicos, y, lamenta-

blemente, leyes y decisiones políticas recientes sólo han venido a reforzar este sentimiento de una Iglesia acosada.

Todavía más. Para algunos en la Iglesia el problema no viene sólo de fuera hacia dentro, es decir, de la sociedad en la que vivimos, sino que el laicismo ha ganado cuotas en el interior de la Iglesia, y esto es lo que la estaría desmoronando. El conjunto del análisis vendría a insistir en los tiempos difíciles que la Iglesia está atravesando. La respuesta a este contexto se va articulando, bien en la reivindicación de los creyentes de poder proponer sus concepciones morales, bien en la oposición directa a leyes que se consideran inaceptables.

También es cierto que la vida cotidiana de los creyentes no se experimenta sometida a tanta tensión. Se trata más bien de una lenta marcha marcada por la disminución de sacerdotes y religiosos, así como por la no incorporación de jóvenes a las parroquias y movimientos. La vida de nuestras comunidades cristianas se va estancando, porque no crece incorporando savia nueva. El día a día no se vive bajo la angustia de la persecución; no se trata tanto de culpar a la sociedad cuanto de constatar que nuestra capacidad de atracción es muy limitada. Y las excepciones, aunque motivo de alegría, no dejan de ser excepciones en un conjunto más bien decadente. En Occidente, por supuesto, y claramente en Europa.

El ministerio de la reconciliación

Para la CG 35 no parecía necesario reformular la misión de la Compañía en este momento. Más bien vivimos un tiempo de apropiación, superadas muchas tensiones, de lo expresado en las Congregaciones 32 y 34. La expresión «servicio a la fe y promoción de la justicia, que es exigencia de la misma fe» no parece, ni mucho menos, agotada. Al contrario, disfruta de plena vigencia y actualidad, y su vivencia es mucho más espontánea, y probablemente menos ideologizada, de lo que fue en otros momentos. El servicio a la fe y la promoción de la justicia son el «principio integrador» de todos nuestros ministerios, no uno más entre otros. Y no sólo de nuestra actividad apostólica, sino que deben ayudarnos a configurar nuestra vida interior como seguidores del Señor, y también de la vida de nuestras comunidades.

Lo que sí hace la CG 35 es detenerse a considerar el contexto en el que desarrollamos nuestra misión. Ya en la Congregación anterior se había identificado la globalización como un proceso emergente de proporciones planetarias y efectos ambiguos. Al describir el contexto de nuestra actividad apostólica, la globalización surge con fuerza a comienzos del siglo XXI. La globalización aparece hoy instalada como concepto y como concreción de gran parte de nuestras relaciones económicas, políticas y sociales. Como fenómeno mundial, recorre todos los lugares del planeta, incluso los más aislados por la pobreza y la exclusión. Precisamente los lugares más pobres y excluidos lo son, en buena medida, como efecto de este proceso, que condena a los márgenes a enormes mayorías empobrecidas; condena que convive junto a oportunidades hasta ahora desconocidas para otros grupos y sociedades, oportunidades mejores (tecnológicas, económicas...) cuanto más ricas sean esas sociedades.

El fenómeno de la globalización, mirado especialmente desde los más pobres, provoca en los jesuitas un tipo de respuesta que busca acercarse a las fronteras de nuestro tiempo (la increencia, la pobreza, la exclusión, la marginación, el deterioro medioambiental...) procurando la reconciliación. Como servidores de la misión de Cristo, nos vemos urgidos a promover el restablecimiento de unas relaciones justas que incorporen a aquellos que han quedado fuera, excluidos, de nuestra vida social y económica, pero también a los que van quedando fuera, alejados de la relación con Dios.

Por eso el primer ámbito para procurar la reconciliación es precisamente buscar el establecimiento de relaciones justas con Dios. Se trata, básicamente, de «dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos hombres para los que éste permanece hoy oculto o irreconocible»[3]. Este compromiso evangelizador exige establecer conexiones profundas con la realidad y promover espacios de diálogo y reflexión entre la fe y la razón, la cultura y la moral, la fe y la sociedad. Una pieza clave en este ministerio de reconciliación entre el hombre y Dios se juega en la interioridad de las personas, sometida a múltiples tensiones y contradicciones. Los *Ejercicios Espirituales* son un modo extraordinario para favorecer un encuentro personal y libre con el Creador.

3. BENEDICTO XVI, *Alocución a la Congregación General 35 de la Compañía de Jesús,* 21 de febrero de 2008.

Un aspecto importante de este ministerio de la reconciliación de las personas con Dios es lo que tiene que ver con otras religiones. El proceso homogeneizador de la globalización ha provocado miedo en algunos, que por eso se han refugiado en la religión como un modo de afirmar su identidad. Esto ha conducido a fundamentalismos que dividen a las sociedades y favorecen los enfrentamientos. El diálogo entre las religiones debería favorecer el aislamiento de esos procesos fundamentalistas para neutralizar sus efectos tan negativos. Al mismo tiempo, este diálogo tendría que favorecer la vivencia más profunda y auténtica de la fe de cada comunidad.

El ministerio de la reconciliación busca también el establecimiento de relaciones justas en el seno de las sociedades y entre unos pueblos y otros. Aquí aparecen las necesidades de pueblos que se sienten arrollados en su dignidad por la acción incontrolada de estados y empresas que invaden sus competencias, intervienen en sus economías, saquean sus recursos naturales, detraen a las personas más formadas y les «consuelan» recordando que en un mundo abierto las cosas son así. La opción preferencial por los pobres «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza»[4]. Todos nuestros ministerios y apostolados deben integrar esta búsqueda de la justicia, esta promoción de la solidaridad como signo de la presencia del Reino entre nosotros.

Por último, el ministerio de la reconciliación quedaría incompleto si no atendiese a nuestras relaciones con la creación. Procurar unas relaciones justas con la creación no es una actitud artificial o de moda, sino que busca la integridad de esta reconciliación. En primer lugar, porque las primeras víctimas del daño medioambiental son los pobres: ellos beben la peor agua y respiran el aire más contaminado. Y en segundo lugar, por responsabilidad para con la creación, don de Dios puesto en manos de los humanos para su cuidado. No se trata de una cuestión voluntarista, sino que la creación es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios, también para la espiritualidad ignaciana[5]. La creación no es una realidad ajena a Dios o abandonada por Él. Descubrir a Dios presente en el mundo nos ayuda a descubrirle en los acon-

4. *Ibidem.*
5. EE 230.

tecimientos y en nuestra vida. No seguimos a Jesucristo fuera de la historia y del mundo, sino en esta historia y en este mundo. La responsabilidad por la creación es parte del seguimiento del Señor Jesús.

Pasión por servir al Señor y su Iglesia

La misión de la Compañía se realiza en el seno de la Iglesia y para ella. No se puede concebir de otra manera, y así lo ha expresado nuevamente la CG 35. Para ello, y a través de los textos de la Congregación, podríamos identificar un proceso como el siguiente: asumir nuestra propia responsabilidad, personal e institucional; unirnos íntimamente al Señor; e involucrarnos decididamente en su seguimiento para la edificación del Reino, con todas sus consecuencias y sostenidos por su Espíritu. Un proceso semejante al que se nos propone en los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio.

Asumir nuestra responsabilidad en el servicio a la Iglesia supone una mirada a la vez exigente y misericordiosa. Nuestra respuesta al servicio de los pobres, y con ellos, no siempre ha sido lo cercana y comprometida que su situación requiere. Nuestras instituciones, nuestras mismas comunidades, no han estado tan cerca de los pobres como se debería esperar. La dedicación a los diversos ministerios, de la palabra o del consuelo, no ha transparentado siempre con todas sus posibilidades la presencia de Dios en medio de nuestros hermanos. La reflexión teológica, su divulgación y difusión, la transmisión de la doctrina de la Iglesia, han podido en algún momento provocar más perplejidad que ayuda para los creyentes.

La CG invita a los jesuitas a reconocer con humildad los posibles errores, incluso sus faltas, y anima a pedir al Señor gracia para vivir la misión y, si es necesario, el perdón por aquello que ha sido más obstáculo que verdadero servicio.

La misión que se realiza en la Iglesia nace como respuesta al llamamiento del Señor y su invitación a seguirlo. Es el seguimiento concreto, en obras y apostolados, a través del cual materializamos nuestra vocación. Somos conscientes del contexto eclesial en el que se realiza. La Iglesia, al menos una buena parte de ella, se siente no reconocida y, en cierta manera, bajo la tensión de una sociedad que no encaja bien el fenómeno religioso.

Aquí la Compañía entiende que su servicio a la Iglesia pasa por la presencia en todas aquellas encrucijadas en las que las que surgen conflictos entre el mensaje cristiano y las inquietudes de los hombres, tal como indicó Pablo VI y como ha repetido Benedicto XVI. De ninguna manera podemos aspirar a un repliegue, a una búsqueda de posiciones más tranquilas. Ni el descenso numérico en muchas partes, ni la dificultad por la visibilidad y la identidad de nuestras obras, ni las dificultades de vivir en una sociedades (las occidentales) cada vez más secularizadas, podrían explicar la búsqueda de una presencia menos comprometida.

La CG ha recibido nuevamente el encargo, por parte del papa Benedicto XVI, de que la Compañía continúe en todos esos lugares –fronteras– que reclaman la luz del evangelio. El mismo Papa es consciente de las dificultades por este tipo de presencias, pero de ninguna manera podemos interpretar que la Iglesia nos pide un servicio menos exigente.

El servicio a la Iglesia, en el proceso propuesto, pasa por aceptar las consecuencias del seguimiento del Señor; a ello nos inspira la tercera semana de los *Ejercicios* ignacianos, es decir, la contemplación de la pasión y muerte del Señor. Tal vez, de manera inconsciente, buscamos otro tipo de reconocimiento por nuestro servicio, un reconocimiento más vinculado al prestigio y la autoridad. Sin embargo, nuestras promesas de no aspirar a dignidades eclesiásticas nos recuerdan el modo propio de estar al servicio de la Iglesia. Así nos soñó San Ignacio: profundamente libres. El testimonio martirial de tantos compañeros, también en tiempos recientes, nos señala hasta dónde puede llegar una vida de servicio a la Iglesia.

Permanecer en las fronteras

En un mundo globalizado el concepto de frontera adquiere un significado mayor. Las fronteras como líneas divisorias entre países o regiones siguen existiendo. No podemos ser tan ingenuos de pensar que la movilidad de la información o de los capitales ha eliminado las barreras a la movilidad de las personas. Las pateras siguen llegando a nuestras costas. Luego las fronteras siguen existiendo como barreras, especialmente para las personas.

Pero este contexto globalizado ha puesto de manifiesto nuevas fronteras, las que delimitan la pobreza y las que establecen distancias culturales. Como indica Benedicto XVI, «no son los mares o las grandes distancias los obstáculos que afrontan hoy los heraldos del Evangelio, sino las fronteras que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, se interponen entre la fe y el saber humano, entre la fe y la ciencia moderna, entre la fe y el compromiso por la justicia»[6].

Permanecer en las fronteras es una exigencia para nuestra misión; pero, en el fondo, es un modo de vivir la fe; no es una estrategia pastoral, es un modo de estar. Mejor aún, es un modo de «ser puesto». Ésta ha sido una de las claves ignacianas más importantes de la CG 35. La escena de *La Storta,* en la que San Ignacio siente con claridad que «es puesto con el Hijo»[7], nos ayuda a comprender en toda su profundidad lo que significa este «permanecer en la frontera».

Vivir en la frontera, según la experiencia de *La Storta,* significa que no es un modelo cerrado. San Ignacio tiene esta experiencia camino de Roma, cuando habían fallado sus planes de marchar a Tierra Santa y se dirigía a ponerse a disposición del Papa. Para Ignacio es un tiempo abierto, lleno de posibilidades. A nosotros se nos invita a vivir así, atentos a los signos, movidos por la creatividad y la búsqueda sincera. La experiencia de *La Storta* nos recuerda que el «ser puesto» es una experiencia espiritual que escapa a nuestro afán de control y de manipulación. El ser puestos con el Hijo no depende de nuestros esfuerzos personales, por sinceros que éstos sean. Tampoco depende de nuestros esfuerzos institucionales, por complejos o sofisticados que puedan ser. «Ser puesto» es un don al que nos preparamos intensamente, al que nos disponemos con todo el deseo y la dedicación posibles.

El Cristo que contempla Ignacio en *La Storta* no es un Cristo glorioso, ni siquiera el Cristo apasionante de la predicación Galilea; tampoco es el Cristo transgresor de las curaciones en sábado. El Cristo que contempla Ignacio es el Cristo que carga con la cruz, el que lleva el dolor del mundo sobre sus espaldas, el Cristo al que podemos encontrar en las fronteras. *Os seré propicio en Roma:* Ignacio escuchó este men-

6. BENEDICTO XVI, *loc. cit.*
7. EE 96.

saje de esperanza en *La Storta*[8]. No es voluntarismo; es gracia. No es sólo pasividad; es disposición a poner lo mejor de nosotros al servicio del Señor y su Reino. El Señor será propicio a la Compañía en las fronteras, precisamente allí adonde nos envía la Iglesia.

La presencia en las fronteras exige de nuestra parte una preparación adecuada, la formación intelectual de los jesuitas resulta todavía más necesaria. Las causas que están en juego requieren todas las capacidades, también las intelectuales. La cualificación de todos nuestros ministerios, no sólo de los que tienen que ver expresamente con el trabajo intelectual, es un requisito imprescindible si queremos dar a conocer el verdadero rostro del Señor. El diálogo con culturas diversas y con otras religiones exige una importante capacitación.

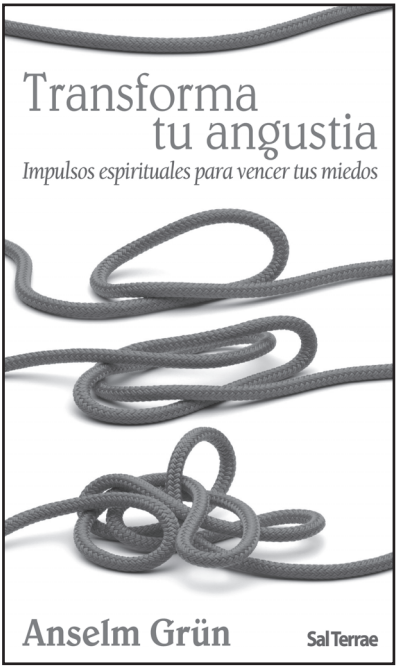
Igualmente las fronteras nos llaman a renovar nuestra misión con los pobres y entre los pobres. Como nos ha recordado Benedicto XVI, «resulta natural que quien quiera ser de verdad compañero de Jesús comparta realmente su amor a los pobres»[9].

La Congregación ha pretendido inspirar y animar la vida de la Compañía, ha tratado de animar el fuego que arde en nuestros corazones, como el de los discípulos de Emaús, para que –en palabras del Padre Hurtado– «encienda otros fuegos». Sin pretensiones, también desearíamos que pudiera ser un estímulo para otras congregaciones religiosas, especialmente las que comparten nuestra espiritualidad; también desearíamos que fuese un momento de aliento e impulso para los laicos con quienes compartimos nuestra espiritualidad y con los seglares con quienes llevamos adelante trabajos y proyectos. Un impulso nuevo para nuestro servicio a la Iglesia en las fronteras de nuestro tiempo.

8. D. Laínez, FN II, 133.
9. Benedicto xvi, *loc. cit.*

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

ANSELM GRÜN

Transforma tu angustia.

Impulsos espirituales para vencer tus miedos

160 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

La angustia es una energía vital y tiene muchos rostros. Grün no expone la terapia clásica, sino que ofrece caminos espirituales para afrontar nuestra angustia y liberar de ella a nuestro corazón. Está convencido de que la angustia puede convertirse en un ángel si hacemos las paces con ella y la transformamos en compañera y amiga en el camino que conduce hacia una mayor vitalidad. En diálogo con la Biblia y observando cómo se comporta Jesús con las angustias reales de las personas, hace observaciones que pueden ser útiles también desde un punto de vista terapéutico.

ST 96 (2008) 397-408

Vivir y trabajar unidos en un solo cuerpo

Patxi Álvarez de los Mozos sj*

La Congregación General 35 de la Compañía de Jesús ha reunido una rica variedad de culturas, orígenes y lenguas. Por encima de 200 personas procedentes de todos los rincones del planeta. Los más numerosos éramos los europeos, con 69 jesuitas, seguidos de Asia (y Oceanía) con 64; los latinoamericanos sumaban 40; los estadounidenses, 34; y los africanos, 18. Nunca antes en la historia una Congregación había convocado tanta diversidad. Entre todos se hablaban hasta 51 lenguas maternas diferentes...

La diversidad es un tesoro, pero al mismo tiempo, si no se canaliza adecuadamente, complica la convivencia. Además, los jesuitas deseamos conformar una Compañía de hermanos en igualdad de condición, aunque en complementariedad de servicio. Esto significa que ninguno es más que otro, pues en todos habita la misma dignidad del Espíritu, que se expresa libremente a través de cada jesuita. Las regiones más antiguas o con mayor tradición no tienen más derechos o autoridad moral que las más jóvenes. La pujanza de las más dinámicas no puede llevarlas al desprecio de las que disminuyen. Ninguna cultura, por moderna o milenaria que sea, puede considerarse por encima del resto. Pero todas estas tentaciones y otras muchas más están siempre al acecho.

A lo largo de los dos meses de Congregación ha prevalecido una densa conciencia de cuerpo. En lo que sigue describiré tres escenas particularmente expresivas de la unión vivida. Tomándolas como base, me referiré a algunas potencialidades y riesgos de la unión en la Com-

* Trabaja en la ONGD «Alboan». Bilbao. <patxialvarez@sjloyola.org>.

pañía que, supongo, son extensibles a otras congregaciones religiosas y ámbitos de la Iglesia, y que en ese sentido tal vez puedan ser de ayuda para otras comunidades cristianas.

Primera escena: la elección del P. General

La mañana de la elección del P. General, Roma amaneció con el cielo raso, fría y luminosa. Muy temprano, a las siete y media, todos los jesuitas congregados nos revestimos en el edificio de la curia con alba y estola blanca y fuimos atravesando la calle que separa esta comunidad de la Iglesia del Santo Espíritu. Ocupamos los bancos poco a poco, y allí esperamos media hora en silencio. Respirábamos hondo y orábamos. La Eucaristía fue sencilla y austera. El presidente estaba acompañado únicamente por los congregados de mayor y menor edad. Al terminar, con presteza, nos volvimos a cambiar y subimos al aula de la Congregación. Poco más tarde, puntualmente sentado cada cual en el pupitre asignado, aún dedicamos una hora más a la oración personal. Éramos por encima de doscientos, pero no se oía un solo ruido. Se podía palpar la solemnidad del momento, así como la seriedad y responsabilidad con que lo asumíamos. Después comenzamos la votación.

Habíamos dedicado los cuatro días anteriores a un discernimiento intenso, tratando de encontrar a la persona que mejor podría llevar adelante a la Compañía en estos tiempos. Buscamos con intención recta, ayudándonos unos a otros y desprendiéndonos de nuestros prejuicios y posibles expectativas. Teníamos que romper nuestros moldes. Así, nos abrimos a la novedad de Dios, que tanto nos acompañó en aquel ejercicio de Compañía. El último día, previo a la elección, fue sereno. Nos sumergimos en un denso ambiente de oración, mientras callaban las conversaciones entre nosotros. Paseamos por distintas iglesias de Roma y serenamos el espíritu. Creo que aquella última tarde pusimos todos nuestra confianza en el Señor, al que sabíamos activo en el interior de cada uno. Se extendió así una fe sincera en la Congregación. Cada cual tenía su responsabilidad, pero no se apoyaba en sí mismo, sino en los otros.

Hacia el mediodía, el aula comenzó a aplaudir. Teníamos un nuevo Prepósito General, el P. Adolfo Nicolás, un hombre afable, cariñoso y cercano, de espíritu jovial y delicado; doctor en teología; intere-

sado en el diálogo con las religiones; cercano a los pobres y sufrientes de nuestro mundo; deseoso de que la Iglesia continúe la senda del Concilio Vaticano II; de edad madura, pero fresco y libre.

Aquella elección, el proceso de preparación vivido y la confianza depositada últimamente en los otros forjaron el grupo. Un sentimiento compartido de consolación y alegría se fue extendiendo suavemente entre nosotros, acrecentado por la felicitación de otros muchos compañeros desde muy distantes lugares del mundo. El Señor parecía confirmar ya en aquellas primeras horas la elección realizada, al tiempo que la Congregación como tal cristalizaba.

El discernimiento como práctica de comunión

Vale la pena reflexionar sobre este acontecimiento, extraordinario por poco común, pero que, en formas tal vez no tan marcadas, sí frecuentamos quienes pertenecemos a la gran familia ignaciana. Me refiero al discernimiento. El discernimiento espiritual incluye algunas prácticas que ayudan en la construcción del cuerpo.

No hay discernimiento espiritual sin vaciamiento de uno mismo. La persona que discierne desea anteponer lo que el Espíritu disponga a lo que su gusto natural propone. Y para ello se esfuerza en identificar y dejar a un lado los afectos mal orientados; en definitiva, su propio ego. Sólo hay posibilidad de realizar una buena elección si se alcanza, siquiera por un momento, un estado de indiferencia en el que ya no importa lo propio –mis intereses, mis planes, mis expectativas...–, sino Dios, lo suyo y los suyos. Es indiferencia ante uno mismo, para que en la persona cobre forma el impulso de lo divino. Posiblemente no hay mayor expresión de libertad, pues lo que más la coarta no son las restricciones exteriores, sino los apegos internos.

Este ejercicio no se lleva a cabo sin un creciente conocimiento de uno mismo que permite reconocer nuestro yo más auténtico –ese que está habitado por el Espíritu, que en constante lucha pugna por moldearnos– y las formas envolventes del ego. Requiere atención sobre los movimientos internos y destreza para reconocerlos y nombrarlos, así como habilidad para identificar las tendencias naturales propias, que cada vez se disfrazan de formas más sutiles. En ese largo camino, la persona va elevándose sobre sí misma, es más libre y, por ello mismo, más capaz de afectarse, unirse y comprometerse con otros.

Discernir es también abrirse; habitualmente, abrirse al Otro a través de los otros. Supone suspenderse sobre el abismo, confiando en que el Providente nos recogerá. Implica esperanza completa y primaria en Dios y, sólo desde ésta, profunda confianza en uno mismo. Por el mismo motivo, precisa más apertura y escucha que investigación y análisis, aunque éstos también se necesiten.

En definitiva, el discernimiento que los jesuitas procuramos practicar forja personas más libres y más confiadas en Dios y en la historia. Y ésta es una condición fundamental para poder formar un cuerpo, porque sólo donde hay libertad y confianza puede haber unión verdadera.

De modo especial, el discernimiento comunitario favorece la creación de un sentimiento de unión, a condición de que no se confunda con una técnica, sino que se comprenda como un ejercicio de desprendimiento, libertad y servicio. No consiste en un mero «conocimiento» de la voluntad de Dios, sino en un asentimiento y asunción de la misma. Por eso genera compromiso y no mera iluminación. Así desencadena convicción, alegría y dinamismo.

Posiblemente en la Compañía –que es tan apostólica, tan orientada hacia la misión– haya pocas prácticas que generen tanta conciencia de cuerpo como el discernimiento orante en común bien llevado, porque de él brotan compromisos mutuos hondos, motivaciones compartidas, orientaciones comunes, asunción de riesgos en grupo... Además, la consolación con que el Señor nos visita habitualmente, en confirmación de la decisión tomada, sella con ilusión y esperanza el proceso vivido y acompaña en los momentos de oscuridad, que tarde o temprano siempre llegan.

Algo de todo esto experimentamos aquellas primeras semanas en Roma que nos reunieron en un cuerpo en discernimiento. Entre nosotros surgió un sentimiento de comunión que reflejaba la realidad en la que se basa la Compañía. Es verdad que éramos muchos y muy distintos, pero era la Compañía la que había elegido; una realidad que conformamos todos los jesuitas y que nos desbordaba en extremo a cada uno de los que allí estábamos. Sin embargo, la elección, claramente, había sido de ese cuerpo apostólico. De modo que el discernimiento orante –especialmente el que se lleva a cabo en común– es uno de esos grandes recursos que la espiritualidad ignaciana pone a nuestra disposición para construir cuerpo apostólico.

Falsas formas de espiritualidad ignaciana

Sin embargo, quienes conocen la Compañía de cerca saben que laten en su interior fuerzas disgregadoras profundamente arraigadas y que, en ocasiones, se muestran con sumo vigor. Aludiré a algunas de ellas a lo largo de estas páginas. En este apartado me referiré a algunas formas distorsionadas de espiritualidad ignaciana.

Los Ejercicios –como pedagogía acabada de la espiritualidad ignaciana– y la dinámica en la que sumergen al ejercitante forman personas *sólidas.* Es consecuencia del proceso propuesto: los Ejercicios completos sólo son ofrecidos a quienes tienen «subjecto»[1]; la primera semana permite auparse sobre los propios fracasos, límites y pecados y mantener la oferta humilde de la propia persona; la segunda semana compromete al ejercitante con un proyecto de seguimiento en el que es invitado y recibido; la tercera lo anima a superar las pruebas y atravesar las aguas de la tentación y el rechazo, al tiempo que le hace verdadero compañero de Jesús; la cuarta le promete la compañía incondicional del Señor y le invita a reconocer su amor en todos los recodos de la existencia y de la historia.

La persona que frecuenta esta espiritualidad va adquiriendo persuasiones interiores, compromisos firmes, esperanza... Pero la experiencia indica que existe un riesgo: consiste en el peligro de decidir fiado sólo de uno mismo, de no admitir fácilmente las mediaciones humanas en el discernimiento de lo que Dios pide y, dicho de un modo más crudo, de tozudez y cabezonería. A mi modo de ver, esto que aquí describimos es una forma falsa de entender el espíritu de los ejercicios, pues éstos procuran mantenernos siempre alerta sobre los movimientos de nuestros afectos. También nos demandan un contraste externo del acompañante en el reconocimiento de la voluntad de Dios. Sin embargo, no es infrecuente toparse con personas que tienen tan claro lo que deben hacer que resulta muy difícil colaborar con ellas, que no ceden a otras propuestas... y que muchas veces llevan a cabo tareas muy valiosas. La limitación estriba en que con ellas no se va generando ni cuerpo, ni compromisos, ni camino recorrido en común.

1. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales,* n. 18.

Segunda escena: la Eucaristía

Durante la Congregación General, todos los días, habitualmente poco antes de la cena, nos reuníamos por grupos lingüísticos para celebrar la Eucaristía. Éramos bastantes los que nos juntábamos en la misa en castellano; sin embargo, no daba la impresión de multitud, pues la disposición de los bancos envolviendo el altar proporcionaba sensación de cercanía. Entonábamos juntos los cantos y después de la homilía hacíamos algunas peticiones en voz alta.

Cada jornada presidía la Eucaristía una de las Provincias de habla hispana o portuguesa, por lo que la variedad de voces era continua. Al mismo tiempo, la homilía daba ocasión para que el que la pronunciaba compartiera no sólo su comentario del Evangelio, sino también su vivencia de la Congregación y su propia lectura de fe de lo que iba sucediendo.

Aquel espacio diario sacramental fue haciendo crecer entre nosotros una corriente progresiva de fraternidad. Lo que predicamos de este sacramento, que a veces queda oscurecido en nuestra vivencia, allí alcanzaba una nítida densidad: espacio sagrado habitado por lo divino; acogida y perdón; comunidad que recuerda la gracia en la Palabra y en la historia y que escucha en ellas la promesa de lo que mañana quedará nuevamente iluminado; reposo de fatigas, descanso de impaciencias, confianza segura en Aquel de quien nos hemos fiado; reunión de hermanos que anuncia y precipita la gran comunidad de hermanos y hermanas al final de los tiempos; celebración de la vida y de su entrega hasta la muerte; esperanza llena; envío en misión.

Aquellas celebraciones nos fueron uniendo más intensamente. Constituyeron una experiencia clave de aquellos dos meses y, como toda realidad simbólica, expresaban mucho más de lo que las palabras son capaces de recoger. Por eso resultaban consoladoras y motivadoras. Pues, en definitiva, en un movimiento circular, la Eucaristía es acogida del Padre en la vida del Hijo y envío de servicio a los hermanos en nuestra vida. Salíamos de allí más enraizados en la gracia y más animados para la misión y, por ello mismo, más compañeros.

La misión como espacio de comunión

La Compañía de Jesús, allá por el año 1975, reformuló su misión a la luz de una mejor comprensión del mundo en que vivía: «el servicio de la fe y la promoción de la justicia». Lo más atrevido de esa expresión reside, sin duda alguna, en la mención de la justicia. Por muchos motivos: no resulta obvio que una orden presbiteral deba dedicarse a cuestiones así llamadas «mundanas» y no exclusivamente a las «espirituales»; tampoco es fácil entender que la caridad en la edad de los derechos deba explicarse bajo el concepto de justicia; hablar de justicia supone que simultáneamente hablamos de injusticias que habitan en el mundo, y semejante crítica pone nerviosas a muchas personas; promover la justicia cuestiona nuestras alianzas y amigos, nos ubica junto a los excluidos y ajusticiados y nos aboca a compartir su suerte en alguna medida.

Es por ello por lo que el camino transitado por esta opción no ha sido fácil. Hubo resistencias internas, malas comprensiones de su significado e implicaciones y costes en forma de vidas de compañeros y amistades perdidas. Sin embargo, esa misma opción ha enriquecido nuestra fe, haciéndola más transparente y evangélica, y ha convertido a la justicia en don y no sólo en empeño[2]; en una palabra, nos ha hecho leer mejor hoy el Evangelio. Al mismo tiempo, ha ido reorientando lentamente nuestros ministerios tradicionales y generando otros nuevos y dinámicos. El «Servicio Jesuita a los Refugiados», «Fe y Alegría» –movimiento de educación popular en Latinoamérica– y la red AJAN, de acompañamiento de enfermos de sida en África, pueden ser algunos de los ejemplos de la reorientación de nuestros ministerios.

En 1995 tuvo lugar la Congregación General 34, que incorporó dos dimensiones a esta misión: el diálogo con las culturas y con otras religiones. Hoy sabemos que el diálogo es parte de toda acción evangelizadora.

Esta misión nos reúne en la actualidad a todos los jesuitas. Da cuenta de nuestra tarea, establece un marco en el interior del cual se ubican todos nuestros apostolados, es la que nos hace vibrar en común e identifica el mandato de la Compañía en las distintas regiones del

2. Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, Decreto 2, n. 1; Decreto 3, n. 1.

mundo. Encargarnos todos nosotros de esta misma misión nos hace sentirnos compañeros. Así, el contenido del envío, experimentado como común, nos acerca a todos nosotros.

Al mismo tiempo, también nos aúna quien nos envía. De hecho, nos llamamos compañeros de Jesús. Nos sentimos llamados por él, sabemos que también los demás han sido convocados por el mismo Jesús y que es él quien últimamente nos envía. Por este motivo, hay en la misión una unión mística que nos reúne. Hoy nos reconocemos «servidores de la misión de Cristo»[3]; es él quien deseamos que nos guíe, y entendemos que «militamos bajo su bandera».

Somos así un solo cuerpo al servicio de una misión que hemos recibido de Cristo.

Riesgos de fragmentación en la misión

Una vez hecha la afirmación de que el compartir la misión de Cristo nos congrega en un cuerpo, hemos de añadir que, en la práctica, no siempre sucede así. Existen en el ejercicio de la misión fuerzas centrífugas. Podemos ubicarlas en dos planos: el personal y el de las instituciones.

En el plano personal subsiste muchas veces un afán de protagonismo y reconocimiento que, de forma sutil, busca en el éxito de la obra la gloria del obrero y termina trabajando más por el propio deslumbre que por la misión misma. El deslizamiento suele ser progresivo. Nunca comienza así, pero con el tiempo puede cristalizar. Entonces el apóstol deja de estar enraizado en el cuerpo, que ya le importa menos. Le basta con lo suyo. No es un cuadro frecuente, pero lo podemos encontrar. De hecho, cuanto mayores son los desafíos que debe afrontar el cuerpo de la Compañía y mayores dificultades se adivinan, tanto mayor puede ser esta tentación.

En el plano institucional también sucede en ocasiones que se prolonga esta misma tentación a la que hemos aludido. A veces existen personas tan identificadas con la institución que regentan que ésta no es más que una extensión de ellos mismos y reproduce en ese plano institucional lo mismo a lo que aludíamos en el plano personal.

3. Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, Decreto 2, cuyo título es, precisamente, «Servidores de la misión de Cristo».

Sin embargo, las instituciones contienen un vector adicional de fragmentación. En la Compañía hablamos de instituciones jesuíticas: solemos decir que una obra de la Compañía debe trabajar simultáneamente en dos áreas, la propia de la institución (sea educativa, pastoral, de inserción o de acción social...) y la propia de la misión de la Compañía. De hecho, promovemos tales instituciones porque pensamos que desde ellas es posible responder a la misión de la Compañía; si no, no tendría mucho sentido. A veces, el área propia de la institución es tan exigente y se va haciendo tan autónoma que todos los esfuerzos van encaminados a hacer la obra competitiva y solvente en ese ámbito. Simultáneamente, hay un servicio a la misión de la Compañía que se olvida. Este último punto suele ser difícil de reconocer, porque muchas veces este servicio se da por supuesto, sobre todo si quien lleva adelante la obra es un jesuita, pues parecería que la condición de la persona cualifica su obra, algo que no sucede de modo automático.

Al final de este proceso, resulta que hay obras que realizan una gran labor, pero con las que ya no se puede contar en la propia Compañía, la cual tampoco tiene una capacidad real de influir sobre ellas, y menos aún de liderarlas. Sencillamente, «van por libre», y el cuerpo se resiente.

Tercera escena: surgimiento de la amistad

Al comenzar la Congregación, conocíamos sólo a una proporción pequeña de los jesuitas que allí nos reuníamos. Los Provinciales habían tenido ocasión de saludarse en algún encuentro anterior, pero al resto se nos escapaban grandes regiones. Por otra parte, doscientas veinticinco personas son muchas para abarcar, ni siquiera para alcanzar a poner un nombre.

Los días de la elección del General nos dieron la oportunidad de dialogar con muchos de los electores, bastantes de ellos totalmente desconocidos para nosotros. De hecho, estábamos obligados moralmente a sobrepasar nuestros propios horizontes para saber de otros, conocer lo que pensaban y tenerlo en consideración en nuestra deliberación. Así, después de las dos primeras semanas se habían ampliado nuestros círculos de forma notable. No sólo eso; puesto que las conversaciones habidas en parejas habían requerido mucha confianza,

apertura y escucha, se propagó con naturalidad una corriente de aprecio y estima sincera por los demás. Creo que, como congregados, nos sentimos a gusto entre nosotros, en casa.

Durante las semanas siguientes, continuamos manteniendo las conversaciones en los trayectos de ida y vuelta a la curia y las citas puntuales para charlar sobre temas comunes que nos interesaban. Los grupos pequeños que de cuando en cuando se convocaban nos permitieron hablar aún más entre nosotros y conocer a algunos jesuitas más de cerca. Y, como suele suceder, se pudieron ir identificando algunos grupos por afinidades o simpatías mutuas.

Es decir, los dos meses dieron lugar a aprecio, valoración y amistad entre nosotros. Muchas veces entre personas que antes no nos conocíamos. A más de uno nos habría encantado ir durante algún tiempo a alguna otra Provincia. Así, cuando nos despedimos, aunque lo hicimos con una austeridad que parece caracterizarnos, por dentro quedamos afectivamente tocados.

La amistad, condición necesaria para la comunión

La amistad es el ámbito en el que los seres humanos expresamos, fuera de la familia, nuestro aprecio mutuo y algún grado de unión. Entre los cristianos se extiende lo que ha dado en llamarse la «amistad espiritual»[4], en la que dos o más personas se descubren en amistad debido a sus opciones personales de seguimiento de Jesús, en las que se reconocen unidas y en completa sintonía. De alguna forma, el cristianismo, por las actitudes de confianza, apertura y amor a los demás que implica, favorece de modo particular el desarrollo de la amistad con otros cristianos.

La Compañía quedó unida en 1539 tras las Deliberaciones de los Primeros Padres, bajo el voto de obediencia. Fue una opción consciente tomada por aquel primer grupo carismático aglutinado en torno a Ignacio de Loyola, con el fin de que no se rompiera la unión que tantos frutos había dado y que el Señor parecía haber convocado[5]. Se querían en el sentido más genuino de la palabra; y aunque sabían que la

4. Existe al respecto un texto clásico: Elredo DE RIEVAL, *La amistad espiritual,* Monte Carmelo, Burgos 2002.
5. *Deliberación de los primeros padres,* 2-3 (MHSI, Mon. Ign. I).

misión los dispersaría por el mundo, deseaban mantener un vínculo en torno a esa misma misión, para preservar la comunión surgida.

No es de extrañar, pues, que Francisco Javier hablara de «Compañía de amor»[6], ni que llevara sobre su pecho la carta con los nombres de aquellos amigos suyos del alma[7]. El cariño los aunaba. De tal manera que habría que entender que la obediencia es una expresión derivada de ese aprecio, y no al revés. Así resulta más sencillo asumir las exigencias que conlleva, con más dosis de servicio en el amor, que de abnegación de la voluntad, aunque de ambas requiera.

En el imaginario popular que todos compartimos en alguna medida, la amistad surge cuando hay una cierta «química». Aquí no es tan necesaria; ayuda, pero no es determinante. No es sólo afinidad en sentimientos, sino valoración profunda incluso en la diferencia, reconocimiento de la riqueza que ofrece una persona en el servicio del Reino, agradecimiento de la misma y consuelo en la altura humana de los otros.

En este terreno juega un papel fundamental la conversación espiritual: una apertura del propio corazón para dejar que éste hable de las razones profundas que lo alimentan y de la presencia de Dios en su historia; y una escucha acogedora de las vivencias de los demás, dejándolas resonar en el propio interior y devolviéndolas con agradecimiento.

El individualismo, piedra de tropiezo

Todas las generaciones en la vida religiosa estamos tentadas de individualismo, pues éste nos ha afectado en nuestras etapas de crecimiento, aunque de formas diferentes[8]. Las generaciones mayores corrían el riesgo de arreglar su vida exclusivamente ante sus superiores y entendían la obediencia como un compromiso vertical. En las generaciones intermedias ha existido la tendencia a la secularización: separación de los ámbitos profesional y comunitario, la vida secular de la religiosa,

6. FRANCISCO JAVIER, Carta del 12 de enero de 1549: «Me parece que Compañía de Jesús quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de temor servil, ni rigor».
7. FRANCISCO JAVIER, Carta del 10 de mayo de 1546.
8. Puede verse un buen artículo sobre esta cuestión en Benjamín GONZÁLEZ BUELTA, «Identidad corporativa: ¿Dónde estamos? ¿Adónde queremos ir?»: *Manresa* 76 (2004), pp. 213-230.

las demandas del apostolado de los compromisos congregacionales. Las generaciones más jóvenes están tentadas de autorrealización, de anteponer la necesidad de un sentido personal para sus vidas a cualquier otra demanda del cuerpo. El resultado de estas distintas formas de individualismo siempre ha sido el mismo: «ir por libre».

Todas las formas de individualismo son peligrosas. Son la raíz de la desintegración de un cuerpo. En el fondo, si uno mira primariamente hacia sí y hacia sus necesidades, el conjunto es el que pierde.

A modo de conclusión

A lo largo de estas páginas hemos podido ver que, en último término, la unión del cuerpo de la Compañía es una unión mística. Nos unimos, como servidores de la misión de Cristo, en Aquel que nos convoca, en la entrega a los hermanos, en el amor y aprecio mutuos. Porque hay una realidad humana que no se puede silenciar: sólo el amor genera comunión. Lo que disgrega es pecado. De alguna manera es de esto de lo que hemos hablado. Y de nuestra parte queda una tarea: salir del propio amor, querer e interés, como sabiamente nos dijera San Ignacio[9]. La misma consigna está recogida por todas las grandes tradiciones religiosas.

Termino con una última cuestión. Sabemos por experiencia que cada jesuita es importante en el servicio del Reino. Hay, de hecho, algunos jesuitas –mejor dicho, muchos, aunque no es bueno incidir en la gloria corporativa– que ofrecen un testimonio precioso, con una entrega encomiable: personas de una pieza. Sin embargo, la Compañía es más que la suma de todos los jesuitas, por buenos que sean; es decir, es más capaz de servir al Reino, expresa mejor lo que éste es y tiene mayor capacidad de permanencia en la historia. Por eso el servicio y cuidado de la comunión es fundamental. De hecho, eso es la Iglesia: comunión; y nosotros somos parte de ella.

9. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales,* n. 189.

ST 96 (2008) 409-413

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Contemplar para incluir

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla, SJ

Siguiendo con el plan previsto y anunciado, dedicamos el «Rincón de la solidaridad» de este mes de mayo a seguir profundizando en algunos rasgos de la espiritualidad que surge en los contextos de compromiso social. Concretamente, en estas páginas explicitamos la convicción de que tanto la realidad cotidiana como el evangelio nos impulsan a caminar hacia los márgenes de la sociedad para generar dinámicas inclusivas, cada vez más al centro de la misma vida social. Abordamos, pues, la exclusión/inclusión social como auténtica experiencia espiritual, y la vida creyente como verdadera fuerza inclusiva.

Lo haremos en dos pasos: primero ofrecemos unas breves consideraciones acerca de los nuevos significados de la exclusión en los cambiantes contextos multiculturales en los que vivimos. En segundo lugar, sugerimos un sencillo ejercicio de contemplación ignaciana de un pasaje evangélico.

Política de la inclusión, política de la diferencia[1]

Diversos analistas destacan que los procesos de multiculturalidad están reconfigurando nuestra realidad social y política. Los más perspicaces de entre ellos subrayan, además, que se producen diversos pro-

1. Para cuestiones teóricas, cf. Iris Marion YOUNG, *La justicia y la política de la diferencia* (Madrid, 2000), así como los diálogos recogidos en Nancy FRASER y Axel HONNETH, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico* (Madrid, 2006).

cesos multiculturales, cada uno de ellos movidos por situaciones, lógicas, contextos y lenguajes diferentes. En particular, queremos ahora destacar dos de ellos: el de la inmigración y el del pluralismo de identidades culturales.

En el caso de las migraciones, parece evidente que estamos ante una situación en la que unas y otras personas no comparten los mismos derechos, por lo que la lógica dominante se centra en el análisis de las relaciones y dinámicas de *inclusión/exclusión,* subrayando sobre todo el lenguaje de los *derechos.* Por su parte, el pluralismo de identidades culturales alude a una situación en la que unos y otros grupos sí comparten los mismos derechos; la lógica preponderante es, por tanto, la de *mayoría/minoría,* y el lenguaje más habitual es el de la *discriminación.* Al considerar ambos aspectos de la realidad, parece necesario combinar de un modo entrelazado los dos discursos, para poder articular tanto la política de la inclusión e igualdad que exige el primer proceso como la política de la diferencia que reclama el segundo.

Como indica el profesor Ricard Zapata-Barrero, a quien estamos siguiendo en este análisis, en nuestro país «la gramática de derechos es el juego del lenguaje de casi todos los que gestionan socialmente el proceso de multiculturalidad. Todavía no existe, o no ha penetrado tanto en el discurso, el lenguaje de la discriminación, el cual es el lenguaje propio que identifica los discursos que se dan en la mayoría de los países de mayor tradición de recepción de inmigrantes»[2]. El propio Zapata-Barrero afirma que en nuestras sociedades existen situaciones de *apartheid público,* porque dentro de ellas «existen personas que no tienen el mismo acceso a la esfera pública que otras, ni tampoco tienen las mismas oportunidades de expresar su identidad cultural»[3]. En realidad, según este mismo autor, es importante distinguir fases en el proceso y caer en la cuenta de que la fase inicial pide un énfasis en los derechos, en la inclusión y en el acceso a los recursos públicos, pero no como fines en sí mismos, sino como medios para llegar a otras fases en las que los esfuerzos se deben orientar hacia el desarrollo, necesario pero no prematuro, de una verdadera política de la diferencia.

2. Ricard ZAPATA-BARRERO, *Multiculturalidad e inmigración* (Madrid, 2002), p. 129.
3. *Ibid.,* p. 138.

La praxis inclusiva de Jesús: un ejercicio de contemplación

En la segunda parte de este «rincón» nos detenemos en un ejercicio contemplativo que nos acerque a la praxis inclusiva de Jesús. Seguimos para ello, muy sencilla y esquemáticamente, el método bien conocido de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola, concretamente en las contemplaciones de la segunda semana.

El primer preámbulo es traer la historia de la cosa que tengo de contemplar.

> «Jesús entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho a ver si le curaba en sábado, para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: "Levántate ahí en medio". Y les dice: "¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?". Pero ellos callaban. Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: "Extiende la mano". El la extendió y quedó restablecida su mano. En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle» (Mc 3,1-6).

El segundo preámbulo: composición viendo el lugar. Podemos «componer» la escena narrada en el relato del evangelio, insertándola en una historia más amplia que abarca la realidad de nuestro mundo actual. «En el contexto de un mundo global aparentemente prometedor de prosperidad para todos, la marginación aparece como un proceso que niega oportunidades y resultados a los que viven en "los márgenes" y realza las oportunidades y resultados de los que están "en el centro". Al combinar la discriminación con la exclusión social, la marginación ofende la dignidad de la persona humana y supone la negación de los derechos humanos, especialmente el derecho a vivir efectivamente como ciudadanos con iguales derechos»[4].

4. SECRETARIADO PARA LA JUSTICIA SOCIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Globalización y Marginación. Nuestra respuesta apostólica global* (Roma, 2006), p. 19.

El tercer preámbulo consiste en demandar lo que quiero: siguiendo la habitual petición ignaciana, será aquí pedir conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

El primer punto es ver las personas, las unas y las otras; y reflectir para sacar provecho de la tal vista.

- El hombre con el brazo atrofiado: símbolo de la persona excluida, empobrecida, bloqueada en sus capacidades y limitada en su poder
- Jesús, fuerza de inclusión, que sitúa en el centro de la historia a las personas que han sido empujadas a los márgenes, tratando con dignidad a quienes se saben y se sienten excluidos de la participación plena en la sociedad.
- Las otras personas que están en la sinagoga (asamblea de reunión y participación), y especialmente fariseos y herodianos, grupos poderosos y bien situados, que se resisten al cambio social generado por la actuación de Jesús.

El segundo punto es oír, mirar, advertir y contemplar lo que hablan las personas y reflectir después, para sacar provecho de sus palabras. En el texto sólo se recogen directamente palabras pronunciadas por Jesús en tres momentos. La primera, «ponte en medio», es mucho más que una orden con cambio de localización física; se trata de una verdadera modificación de las relaciones sociales. Quien estaba en el margen pasa al centro; quien estaba en el suelo se levanta y ve reconocida su dignidad. La segunda palabra de Jesús plantea una pregunta radical a todas las dinámicas sociales, usos y costumbres culturales, propuestas políticas, marcos jurídicos, proyectos de intervención o planteamientos técnicos: ¿están al servicio del bien o del mal, generan vida o la destruyen? Jesús pronuncia aún una tercera palabra que es expresión nítida de lo que hoy llamaríamos «empoderamiento», porque, al decir «extiende la mano», devuelve al hombre excluido sus capacidades, fuerzas y potencialidades en activo.

El tercer punto: mirar y considerar lo que hacen las personas, y después reflectir para sacar algún provecho de cada cosa de éstas. Podemos fijarnos en tres pares de acciones detalladas en el texto.

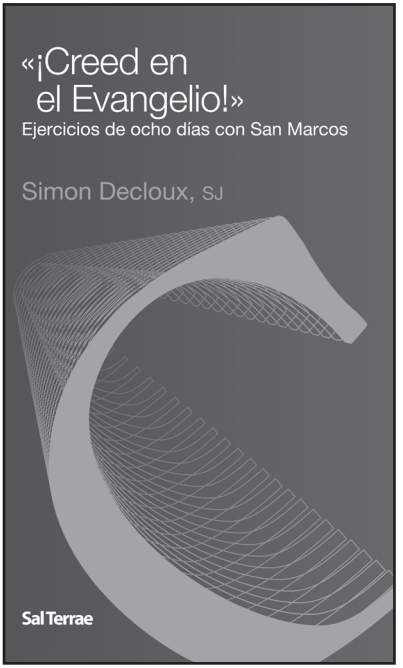
– *Entrar/salir.* El relato se inicia señalando que Jesús «entra» en la sinagoga, y acaba diciendo que los fariseos «salieron inmediatamente». La dinámica inclusión/exclusión es, obviamente, una dinámica de entradas y salidas. Lo que ocurre en esta escena es una radical inversión de las posiciones sociales: quienes estaban fuera (Jesús y el hombre de la mano atrofiada) acaban dentro, y quienes estaban bien instalados (fariseos y herodianos) se autoexcluyen de las nuevas relaciones inclusivas que inaugura Jesús.
– *Dar vida/quitarla.* Es la cuestión central del pasaje. Mientras que Jesús devuelve la vida plena al hombre (eso significa la mano que supera su parálisis), los fariseos y herodianos comienzan ya a planear el asesinato de Jesús, el viviente. Más aún, el relato apunta a un nuevo *comienzo* en la vida del hombre excluido, mientras que los opositores a Jesús intentan ya *acabar* con él.
– *El juego de las miradas.* Desde el principio, los grupos bien instalados miran y vigilan a Jesús para ver si podían acusarlo (mirada perversa o, quizá, leguleya). Jesús, también desde el inicio, mira al hombre en su realidad concreta, en su sufrimiento y en sus capacidades agazapadas (mirada misericordiosa). En medio del conflicto, Jesús mira con ira, indignación y dolor a quienes se empeñan en mantener situaciones de exclusión (mirada perpleja que no rehuye el conflicto).

Coloquio. Finalmente, se hace un coloquio, pensando lo que debo hablar a las tres personas divinas o al Verbo eterno encarnado o a la Madre y Señora nuestra, pidiendo según que en sí sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado. El coloquio se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas, y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.

castilla JESUITAS
Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

SIMON DECLOUX, SJ

«¡Creed en el Evangelio!».

Ejercicios de ocho días con San Marcos

168 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

Simon Decloux propone por tercera vez el recorrido orante de un evangelio sinóptico: después de haber hecho lo mismo con Lucas y con Mateo, nos invita ahora a escuchar la Buena Noticia de Jesucristo, Hijo de Dios (Mc 1,1) siguiendo al segundo evangelista. Cada «día» de la «semana» se compone de dos meditaciones que introducen a la oración, sin pretender en absoluto reemplazarla. El recorrido del evangelio de Marcos nos invita a dejarnos salvar por ese Hijo del hombre que, en su muerte y resurrección, reúne a los elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

ST 96 (2008) 415-425

«PALABRAS INCOMPRENDIDAS»

«Vocación»

Ignacio DINNBIER, SJ*

1. «Os confío estas reflexiones para que las hagáis vuestras«

Con estas palabras concluye Benedicto XVI su Mensaje para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que celebramos este año. Es una propuesta ofrecida, como el mismo Papa dice, a todas las Comunidades eclesiales para que la hagan suya y les sirva de inspiración para la oración. Al igual que en sus Audiencias de los miércoles, los Mensajes para estas Jornadas de los tres últimos años son propuestas mistagógicas que nos sitúan ante el Misterio, ámbito cabal de lo vocacional. Y es justamente ahí donde nos quiere situar para que cada Comunidad eclesial haga su propia reflexión.

Reconociendo la Presencia de lo Fascinante y lo Inconcebible en nosotros, sabemos que no es nuestro, que no ha sido fruto de nuestra iniciativa o nuestro deseo, sino de la acción de Dios, que se sigue mostrando como Llamada irrevocable.

2. Fascinante

La intención es hacerlo comprensible, y quizá por ello hemos presentado lo vocacional de una forma razonable. Presentarlo de este modo nos ha llevado a subrayar dimensiones como el compromiso, la opción

* Del Centro Arrupe. Valencia. <turia5@yahoo.es>.

personal o la felicidad. El deseo de estos subrayados es otro, y en buena medida entendemos nuestra pastoral juvenil y vocacional como una promoción del deseo. Nos las ingeniamos de mil maneras, sabiendo que no lo tenemos nada fácil; y, a pesar de eso, triplicamos nuestra creatividad y empleamos más y mejores recursos. Reconocemos que los niveles de respuesta suscitados en los jóvenes son distintos y que llegan a concretarse en compromisos de diversa intensidad y duración. Sin embargo, contemplamos con perplejidad que sólo en unos pocos los deseos suscitados les llevan más allá de lo concebible.

Quizá se nos ha pasado por alto una obviedad: sólo deseamos aquello que percibimos como deseable. Evidente. Y por ello no insistiremos. Pero no podemos ignorar –y aquí está la cuestión– que los códigos que configuran lo deseable vienen filtrados por la cultura dominante. Dicha cultura, según el jesuita irlandés Michael Paul Gallagher[1], sitúa a muchos en lo trivial, bloqueando así su libertad para elegir. Autores como Xavier Melloni prefieren hablar de superficialidad[2]. Otros, como Xavier Quinzá[3], lo expresan en categorías de banalidad.

Sea como sea, lo cierto es que, si los códigos de lo deseable no son trastocados, siempre desearemos lo mismo, aunque el objeto sea distinto. Y es que no se trata de desear más una u otra cosa, sino de alterar los códigos que determinan qué es lo deseable. Es evidente que elegimos movidos por el deseo; pero también lo es que el deseo está codificado por ese «entramado estable de significados compartidos que es una cultura»[4]. Esta urdimbre cultural es la que determina qué es lo deseable o indeseable, ofreciéndonos así un abanico más o menos amplio de posibilidades. ¿Es posible desear más allá de lo que se nos ofrece como deseable? Más aún, ¿pueden ser alterados los códigos que configuran nuestro deseo? Y si así fuera, ¿cómo se produciría dicha alteración?

Le sucedió a J.B. Apasionado en el seguimiento de Jesús, implicado hasta lo indecible por el Reino, deseaba avanzar más. Intuía que ha-

1. Michael Paul GALLAGHER, «Nuevos horizontes ante el desafío de la increencia»: *Razón y Fe* 232 (1995), 279-292.
2. Xavier MELLONI, «Accesos a la interioridad»: *Sal Terrae* 91 (2003) 33-42.
3. Xavier QUINZÁ, «Formarse es transformarse», Tema del Seminario para Formadores organizado por el Departamento de Formación de CONFER, celebrado del 12 al 16 de marzo de 2007.
4. *Ibidem.*

bía llegado la hora de abordar lo vocacional y comenzó los Ejercicios Espirituales en la vida diaria. Confirmó que el Señor le llamaba. Su apasionamiento se redobló. Vibraba como nunca. Hasta que empezaron las contemplaciones de la Pasión. El bloqueo fue fulminante. No había manera de avanzar tras aquel Jesús que, cargado con la cruz, le llamaba a ir con Él. Un día se hizo la luz: «he confundido seguimiento con autorrealización», decía.

Le sucedió a M.G. Entregada incondicionalmente a la Cáritas de su Parroquia, multiplica su tiempo para abarcar innumerables proyectos. Todo le parece poco, y así lo siente cuando contempla al Señor Jesús lavando los pies. En su oración identifica deseos de mayor entrega, hasta que un día se produce un descubrimiento inesperado. Con asombro empieza a darse cuenta de que no se trata de servir más y mejor, sino de hacerlo desde donde lo hace Jesús, desde abajo. Aquello la abrió en canal. Descubrió que la mirada del Señor en el lavatorio no era una invitación a redoblar su entrega y servir con mayor intensidad. Su mirada era un imán que la atraía poderosamente hacia donde Él estaba: abajo. Inconcebible y, al mismo tiempo, fascinante.

El Señor Jesús se les presenta bajo el signo de la cruz y el abajamiento, no para cuestionar sus deseos de mayor seguimiento, sino para redimensionar su realización por derroteros inconcebibles. Y es que, cuando el deseo está configurado desde códigos como el de la autorrealización o el del bienestar emocional, sólo es posible desear aquello que los favorezca. Por supuesto, hacerlo bajo el signo de la cruz no parece la mejor opción.

3. Inconcebible

Los relatos vocacionales que recorren la Escritura nos ofrecen narraciones de estas descodificaciones de lo deseable. Dejar la tierra poseída y caminar hacia un lugar que ya se le mostrará no parece llenar de entusiasmo al patriarca Abrahán. Tampoco Moisés dio saltos de alegría cuando la propuesta era dejar de vivir huyendo y escondido en el país de Madián para plantarse delante del Faraón y «cantarle las cuarenta». La queja ante el incordio que se les propone hace rápida aparición, y frente a la molestia maquillada de incapacidad e indignidad el Misterio se impone como fuego incombustible, insistente, pertinaz, irrevocable.

En todos los relatos vocacionales la irrupción del Misterio no despierta un deseo más o un deseo nuevo, sino que, revelándose como Presencia, altera lo concebiblemente deseable. No lo hace ofreciendo razones convincentes o despertando emociones incontenibles. Lo hace de un modo que ni la misma persona alcanza a comprender: fascinando y atrayendo irresistiblemente. El relato de la Anunciación es paradigmático: ante la Presencia que irrumpe surge la pregunta sobre la posibilidad de algo inconcebible. Para entonces la muchacha de Nazaret ya ha entendido que no será el fruto de su deseo, sino de la Fuerza que viene de lo alto.

Si el amor consiste, como nos recuerda san Juan, «no en que nosotros hayamos amado primero, sino en que Dios nos amó primero» podemos confiar en que la irrupción de lo Fascinante y lo Inconcebible sucederá a su debido tiempo. Se revelará en el fogonazo imprevisto o en el acontecer tedioso; en la belleza desbordante o en el dolor insostenible. A algunos los confundirá, a otros los pacificará. Los habrá que quedarán marcados; otros, heridos. Faltarán palabras para decirlo, pero su tono será inconfundible. El Misterio, lo Fascinante, lo Inconcebible no ha dejado de irrumpir. Nos ha excedido, alterado, trastocado, descolocado y, a la vez, orientado y clarificado. Pero ha hecho falta tiempo, mucho tiempo, para comprender que su Presencia era irrevocable.

4. Rendijas y bofetadas

Imprevisible, pero sucede colándose por cualquier rendija. Para entonces los códigos de lo razonablemente deseable se verán alterados, y lo que hasta ese momento era incomprensible e irrealizable dejará de serlo. Hay rendijas que se abren desde dentro alterando estos códigos. Otras lo hacen desde fuera. Vengan de donde vengan, han logrado abrir un espacio nuevo e inexplorado en el que cabe adentrarse.

La plenitud es una de esas rendijas que se abren desde dentro. ¿Qué pasa cuando la propia vida está bien, pero sientes que se queda corta? Numerosos relatos vocacionales se han tejido y se están tejiendo desde esta pregunta. Ven su vida, y no es que esté bien o mal; simplemente, sienten que se les queda corta. No se trata de una reflexión, sino de una certeza que no pueden quitarse de encima. Y es que, por más deseos que acumulen, hay algo que se resiste a conformarse y

aceptar el *modus vivendi* al uso. La comprensión de lo que es deseable ha quedado trastocada y alterada.

Asociamos la plenitud con la sensación de estar llenos; pero ¿qué pasa cuando no te sientes lleno, sino empachado? Algunos relatos vocacionales comienzan a narrarse a partir de un tumbativo «ya no más». Es una constatación inapelable de atiborramiento que invade a las personas empachadas por saturación. Experimentan que ya no les cabe más. No se sienten llenas, sino empachadas. Quizá es el precio que se debe pagar para sentirse feliz en esta sociedad del bienestar. Simplemente, deciden dejar de pagar ese precio.

No han llegado hasta ahí por análisis e introspección, sino por una evidencia que se impone. Un buen día sucede: un choque frontal contra la realidad que se había intentado ocultar y que, de pronto, se planta con la arrogancia de quien se siente intocable e invulnerable; una fisura en la esperanza de llegar a ser lo que se deseaba; un desplome estrepitoso de los cimientos en los que se sustentaba; una hemorragia de ideales que parecían dar sentido y orientación. En esos momentos, el deseo ya no sigue un proceso lineal y ascendente, sino que queda desnortado, descolocado. En esos momentos, la vida como realización de los propios deseos deja de ser la única forma de entenderla. Y es que las cuentas dejan de cuadrar, y la hoja de ruta marcada empieza a resultar inconsistente. No es que esté ni bien ni mal; simplemente, se están dando cuenta de que puede ser de otro modo. Pero no hay todavía claridad sobre el cómo: las preguntas surgen a borbotones; los intentos por seguir igual son inútiles; las negaciones de la evidencia, inservibles. No hay muchas respuestas; tan sólo un cúmulo de preguntas que se van amontonando

Alex Rovira habla del *efecto bofetada*[5], un momento de lucidez en que «lo que no nos planteamos por convicción nos estalla en las narices por compulsión y reclama una respuesta. Entonces, la reflexión sentida y el sentimiento pensado se imponen». Es entonces cuando el mundo construido con tanto esfuerzo queda alterado, y se palpa la propia insuficiencia. Es entonces cuando se queda expuesto a una palabra que uno no puede decirse a si mismo.

5. Alex Rovira, «La hoja de ruta personal»: *El País Semanal* (27 Enero 2008).

Este *efecto bofetada* suele presentarse no tanto cuando la plenitud se identifica con la realización de ideales, sino cuando, en plena crisis de realismo, se vislumbran otros derroteros. Les descoloca porque no estaba previsto en el guión. Les desorienta porque no saben interpretar lo que sucede, y los recursos adquiridos hasta entonces no sirven. Se encuentran ante algo que ellos no han provocado; simplemente, les está sucediendo. Y está siendo habitual encontrarse con jóvenes adultos que se preguntan por su vocación en estas circunstancias y lo hacen, en no pocos casos, a partir de la imperiosa necesidad de reorientar sus vidas. No han llegado hasta ahí de la mano de potentes ideales que se desean vivir, o siguiendo el rastro de nobles metas que buscan alcanzar, sino a partir de evidencias que se imponen. Es un tiempo nuevo en el que hay que desaprender que la plenitud anhelada no es el resultado de los deseos proyectados. Es un espacio nuevo en el que se empieza a descubrir que dicha plenitud es ofrecida y acogida, nunca conquistada.

5. Preguntar

Quienes transitan estos derroteros están haciéndose eco, a su manera, de la pregunta evangélica: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si echa a perder su vida?» (Mt 16,26; Mc 8,36; Lc 9,25). Lo que hasta ese momento era ganancia se ha trocado en pérdida. No tienen argumentos, sólo evidencias con mayor peso y consistencia que muchas otras razones que pudieran darte.

Llama la atención que fuera justamente esta pregunta la que Ignacio de Loyola propusiera al prometedor Francisco Javier siendo ambos universitarios en la Sorbona parisina. La respuesta no fue, evidentemente, el entusiasmo y el apasionamiento del joven navarro, sino el rechazo frontal y la resistencia sin cuartel[6].

¿Por qué, entonces, empezar justamente por ahí? ¿Por qué no empezar entusiasmando y alentando grandes deseos? ¿Por qué no hacer-

6. Años más tarde, el que fuera primer secretario de la Compañía de Jesús, Juan Alfonso de Polanco, dejó escrito: «Yo le oí decir a nuestro gran moldeador de hombres, Ignacio, que la más dura pasta que ha tenido entre manos fue en el principio este joven Francisco Javier, del cual, Dios se ha servido más que de cualquier otro sujeto de nuestro tiempo».

lo presentando el ingente sufrimiento de tantos que esperan ser aliviados o el desconocimiento que muchos tienen del Nombre de Jesús? Si de lo que se trata es de despertar deseos, pongamos a la persona ante situaciones que le reten y que saquen de ella lo mejor que tiene. Alentemos su generosidad, su audacia, su altruismo. Despertemos su sensibilidad, su capacidad de afectarse. Presentémosle grandes ideales y nobles valores. Hablémosle de la felicidad que se experimenta al vivir de este modo, y que nuestras gozosas vidas sean muestra palmaria. Mostrémosle a Jesús, modelo apasionante de todo ello, dador de sentido e ilusión, invitador a la felicidad más exultante.

Pero Ignacio de Loyola no empezó por ahí. Empezó por una impertinente pregunta repetida incansablemente, desbrozando así un modo de proponer lo vocacional: antes de despertar los deseos en Francisco Javier, altera su percepción y comprensión de lo deseable. Y lo hace, no a partir de argumentos elaborados o razones convincentes, sino situándolo una y otra vez ante la misma pregunta: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si echa a perder su vida?».

De esta manera, identifica una de las cuestiones esenciales de lo vocacional: la raíz que nutre y sostiene el deseo expresado en el binomio ganar-perder. Este binomio es, sin duda, uno de los códigos que configuran qué es lo concebiblemente deseable. Ignacio de Loyola no invita a Javier a una respuesta generosa en favor de un bien mayor: ayudar a los demás o ponerse al servicio del Evangelio. Si hubiera procedido así, no pasaría de proponer un valor que moviliza para alcanzar un ideal. Y no es que esté bien o mal. Lo que sucede es que, entonces, Francisco Javier tan solo habría cambiado un ideal de vida por otro.

Pero se trata de mucho más. Se trata de alterar la percepción y la comprensión de lo que es ganar y perder, de lo que es una vida plena y una vida que se echa a perder. Para ello, Ignacio de Loyola acude a la tradición sinóptica en su narración del primer anuncio de la Pasión (Mt 16,13-28; Mc 8,27-38; Lc 9,18-27). ¿Por qué no proponerle la invitación del Señor a dejarlo todo e ir tras Él? ¿Por qué no señalarle las diversas respuestas que se dan ante esa invitación?

En este momento inicial, Ignacio de Loyola no se sitúa en el esquema llamada-respuesta, tan habitual y frecuentado en toda pastoral vocacional. Tampoco carga las tintas en la irresistible persona de Jesús o en la misión de la que quiere hacer partícipe. Para asombro del propio Javier, lo sitúa en un momento de crisis y no de plenitud, cuando

los desconcertados discípulos oyen con asombro que hay que negarse a si mismo y cargar con la cruz. Hecho esto, ya se puede ir detrás de Jesús.

La perícopa de donde toma la pregunta planteada a Javier es un relato vocacional formulado en condicional –«el que quiera venir conmigo...»– en el que la espontánea comprensión de qué es lo deseable –«ganar el mundo entero»– queda desbaratada por el precio que se llega a pagar –«perder la vida»–. En última instancia, la pregunta ante la que está situando Ignacio de Loyola a Javier no es otra sino la del precio que está dispuesto a pagar por alcanzar los deseos que había concebido de una vida respetable y asegurada.

Una pregunta de este calibre pone en cuestión las comprensiones al uso de lo concebiblemente deseable, de lo espontáneamente asumido sin mayores convicciones. Quizá se ha venido procediendo de esta manera porque es lo normal o porque todo el mundo lo hace. Sea como fuere, un buen día todo esto, como nos recordaba Alex Rovira, «nos estalla en las narices, y es entonces cuando la reflexión sentida y el sentimiento pensado se imponen». Y aquí es donde ha situado Ignacio de Loyola al apasionado Francisco Javier.

Algunos relatos vocacionales comienzan justamente por ahí. Sea por lo que sea, llega un día en que deciden dejar de pagar un precio tan alto. Si para lograr una vida «como Dios manda» hay que atiborrarse hasta el empacho, ya no quiero más. Si para mantenerse en esa vida lo que hay que hacer es fagocitar todo lo que se me presente, ya no quiero más. No son argumentos; son evidencias que se les imponen. A su manera, se hacen eco de la pregunta evangélica: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si echa a perder su vida?».

Es un momento de reorientación vital que a algunos les ha llevado a lo vocacional. Sin embargo, y aunque una pueda llevar a la otra, sabemos que no es lo mismo conversión que vocación. Se pueden dar signos, tales como la radicalidad y totalidad en el planteamiento que hacen, o la determinación inquebrantable en la toma de nuevas decisiones, que pueden llevar a confundirlos. Quienes andan en este tipo de acompañamientos lo están descubriendo al ver que lo vocacional se plantea no tanto como un proyecto de vida, cuanto como la oportunidad de reorientarla.

6. Examinar

Al considerar el modo de proceder ignaciano en referencia a lo vocacional, se hace evidente un estilo un tanto agresivo. La insistente pregunta planteada una y otra vez a Francisco Javier no deja de ser una ingerencia perturbadora. La palabra no gusta. Baste recordar la incomodidad que provocó en no pocos jesuitas dicha referencia del P. Kolvenbach con respecto a la promoción vocacional de la Compañía de Jesús: «debemos reconocer que el Señor nos llama a ser más activos y "agresivos"»[7].

El debate estaba servido y, gustase o no, ponía a jesuitas, comunidades, instituciones y gobierno en el disparadero de examinar el modo de proceder hasta la fecha en la promoción vocacional. Las cuestiones que se empezaron a plantear afectaban, de distintas formas, a cada una de estas instancias: la implicación real de cada jesuita a partir de nuevas actitudes y disposiciones; la incidencia de la comunidad en la promoción vocacional a partir de una mayor apertura y hospitalidad, así como de una mayor creatividad apostólica; la necesaria visibilización en la identidad de las instituciones; la toma de decisiones por parte del gobierno provincial.

En los foros donde se plantea este debate, los argumentos esgrimidos son de toda índole, siendo propuestos desde una amplia gama de perspectivas: la eclesial, la pastoral, la espiritual, la sociológica... Cada una de estas instancias aporta sus datos, sus reflexiones y sus intuiciones a partir de los presupuestos por ellas manejados. Y justamente aquí es donde parece situarse este examen al que somos requeridos: en los presupuestos de los que partimos. Situar dicho examen en la cantidad o en la calidad de lo que venimos haciendo no sólo es necesario, sino conveniente. Pero no ir más allá es quedarse cortos, dado que no nos la estamos jugando en esos niveles, sino en el de los presupuestos que hemos asumido y desde donde nos estamos manejando.

Y hay presupuestos desoladores que provocan que determinados escenarios de reflexión y acción no den más de sí. Presupuestos personales, comunitarios e institucionales que, en ocasiones, ponen en evi-

7. Peter Hans KOLVENBACH, «Carta del P. General a toda la Compañía sobre la promoción de vocaciones», 29 de septiembre de 1997.

dencia el desfase que puede darse entre lo que decimos y lo que vivimos. Y no puede haber discernimiento sobre lo que debemos hacer y cómo debemos hacerlo, si antes no hay examen. Por ello, no se trata de seguir expresando cuantas declaraciones de intenciones consideremos oportunas. Se trata de examinar todos aquellos presupuestos desoladores que nos habitan para, como dicen los Ejercicios Espirituales, lanzarlos [EE 313].

Evidentemente, todos estos presupuestos arraigan en datos de la realidad personal, comunitaria e institucional. Datos en ocasiones complejos, que se presentan llenos de posibilidades y de limitaciones. Pero la cuestión no estará tanto en estos datos, sino en los pensamientos –dirán los Ejercicios Espirituales– que salen de ellos. Pensamientos, presupuestos desoladores que piden ser examinados. Ésta puede ser nuestra forma de acoger la invitación que nos hace Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: «os confío esta reflexión a todas las Comunidades eclesiales, para que la hagan suya y, sobre todo, les sirva de inspiración para la oración».

7. A modo de conclusión: a ver quién le pone el cascabel al gato

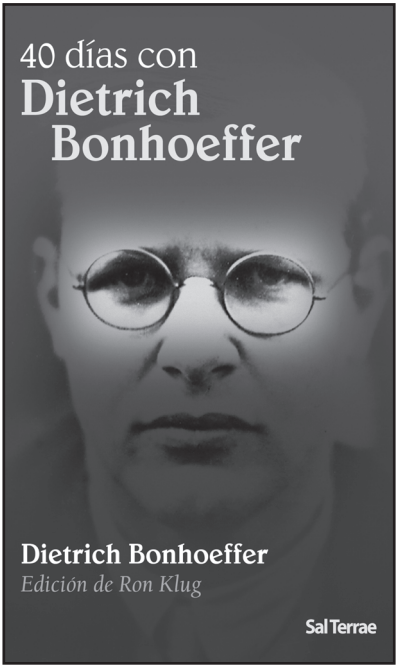
Que hay apuro por las vocaciones es evidente. Que lo vocacional despierta preocupación en muchos y ocupación en algunos, también. Quizá intuyen que se la están jugando. Los hay que esgrimen teorías para todos los gustos y dan soluciones de manual. No es extraño encontrarse con quienes ponen cara de incordio cuando se habla de la vocación. Quizá intuyen que a continuación viene la interminable letanía sobre la falta de austeridad, de apertura comunitaria y de testimonio de vida. Están los que echan balones fuera y los que preguntan apurados qué se puede hacer, y justo a su lado están los que callan porque no va con ellos. Los hay que esgrimen el argumento de la situación de la juventud, de las familias, de la sociedad, de la Congregación, de la Iglesia. Razón, seguramente, no les falta; pero a ver quién le pone el cascabel al gato...

Y esto fue lo que hizo Benedicto XVI el pasado 19 de febrero cuando se encontró con los miembros del Consejo Ejecutivo de las Uniones Internacionales de los Superiores y Superioras Mayores. El motivo, reflexionar sobre «algunos aspectos particularmente actuales e

importantes de la Vida Consagrada». Estos aspectos se ciñen, en su discurso, a uno solo: las vocaciones. Lo dice con elegancia, poniendo el dedo en la llaga: «Es interesante constatar que tienen riqueza de vocaciones aquellos institutos que han conservado y han escogido un tenor de vida con frecuencia muy austero y fiel al Evangelio vivido *"sine glossa"*». Un compañero jesuita, avezado en edad y entrega, lo decía a su manera en una reunión comunitaria sobre la pastoral vocacional de su Provincia: «¿No nos habremos secularizado un poco?».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

DIETRICH BONHOEFFER
40 días
con Dietrich Bonhoeffer.
Edición de Ron Klug

160 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,50 €

He aquí una invitación a explorar nuestra espiritualidad bajo la guía de uno de los grandes maestros espirituales y teólogos del siglo XX. Es una propuesta para orar 40 días con Dietrich Bonhoeffer en un itinerario que da mucho que pensar y mucho que hacer en el camino hacia el seguimiento radical. En Bonhoeffer encontrarás una vigorosa, desafiante y nada sentimental llamada al seguimiento. G.K. Chesterton escribió: "No es que el ideal cristiano haya sido puesto en práctica y se haya considerado defectuoso, sino que ha sido considerado difícil y ni siquiera se ha intentado".

ST 96 (2008) 427-432

LOS LIBROS

Recensiones

DÍAZ-SALAZAR, Rafael, *España laica. Ciudadanía plural y convivencia nacional,* Espasa-Calpe, Madrid 2008, 320 pp.

Sobre tema de tan crucial actualidad –social, cultural, política y religiosa– Díaz-Salazar nos había ofrecido hace pocos meses otro libro precioso: *Democracia laica y religión pública* (Taurus, Madrid 2007; 200 pp.). La importancia del tema para el futuro de nuestra convivencia democrática y la ocasión urgida por nuestra coyuntura política le han hecho volver sobre el tema, ampliando la envergadura del desarrollo y presentando sugerencias personales para encauzar el conflicto que el tema conlleva.. Una lectura para cristianos y ciudadanos adultos capaces de plantear, sin nostalgias ni resentimientos, el problema a la altura que la realidad exige.

Plantea el problema en su doble contexto y abre el debate hacia su solución en tres capítulos de desigual extensión: *El laicismo en Europa* (63 pp.); *El laicismo en España* (77 pp.); *Alianza de culturas para construir una España laica* (131 pp.). Subrayo, por su importancia, la exhaustiva bibliografía que acompaña a cada uno de los tres capítulos (pp. 289-312). No bibliografía sobreañadida; sino la que sostiene los desarrollos de los tres capítulos y revela la extensa lectura y reflexión del autor, que ha tenido en cuenta la pluralidad de tendencias y matices. Esta calidad de la bibliografía presta al libro un valor bastante excepcional.

El primer capítulo, *El laicismo en Europa,* investiga las señas de identidad del laicismo, distinguiéndolas de particularidades que podrían considerarse topográficas; presenta los laicismos europeos en su muy diversa gama, para extenderse en el estudio y presentación de los dos más característicos: el francés,

considerado tópicamente como el laicismo *par excellence,* y el italiano, especialmente rico en debates y matices.

El segundo capítulo, *El laicismo en España,* no es que interese más directamente al lector español, es que resulta decisivo para la intención constructiva del libro. Son obvias las páginas dedicadas al tratamiento del trasfondo histórico del laicismo español. Originales y equilibradas las dedicadas al marco anímico del resurgimiento del laicismo entre finales del siglo XX y primeros años del siglo XXI, con un desglose analítico fino y muy real. Clarificadora la presentación de las diversas asociaciones laicistas españolas, con sus figuras representativas, sus demandas y reivindicaciones; la extensa presentación del laicismo del PSOE y la más sucinta del de IU. Para concluir con la consideración: «Opinión pública, demandas de las asociaciones laicistas e identidades religiosas de los españoles». Consideración muy lúcida.

El tercer capítulo, *Alianza de culturas para construir una España laica,* le sirve al autor para exponer su concepción de la construcción de la España laica. Propuestas abiertas a un debate sereno y fructífero. Partiendo de la necesidad de la construcción nacional de una cultura del diálogo y respondiendo a la demanda de D. Fernando Sebastián, intenta esclarecer el sentido de la laicidad del Estado, de la legislación y de la moral en España. Afronta la relación entre la institución católica y la construcción de la laicidad, planteando la pregunta: ¿Qué laicidad necesita la sociedad española? Y aborda el delicado tema de una sabia y equilibrada política de la laicidad. Que no podrá plantearse sin el logro de una cultura de la Alianza de las Culturas, terminando con una propuesta personal, abierta a debate, de los objetivos de ésta.

Adrede, aunque paradójicamente, he dejado para unas líneas finales la *Introducción* (5 pp.), magnífica por su lucidez de visión y su claridad expresiva. En ella, Díaz-Salazar explica la inevitabilidad del tema, su trágica historia pasada, riesgos y condicionantes del futuro, la estrategia de los tres capítulos en orden a estimular la necesidad y urgencia de una alianza de culturas públicas para la laicidad. Un libro para cristianos y ciudadanos adultos, capaces de una responsabilidad no renunciable.

Alfonso Álvarez Bolado, SJ

GÓMEZ MOLLEDA, Dolores, *Cristianos en la sociedad laica. Una lectura de los escritos espirituales de Pedro Poveda,* Narcea, Madrid 2008, 258 pp.

Cristianos en la sociedad laica, es el título elegido por Dolores Gómez Molleda para ofrecernos su lectura de los textos espirituales de uno de los hombres cuyas pisadas han dejado huella en el siglo XX, Pedro Poveda (Linares, 1874 – Madrid, 1936). La UNESCO lo definió como humanista y pedagogo, y Juan Pablo II lo declaró santo.

Con la maestría de quien se ha adentrado muchas veces en la historia del tiempo que interpreta, con la autoridad de quien reconoce en su propia identidad la médula de los textos que comenta, presenta la autora las líneas de reflexión, las realizaciones y el «tempo histórico» de los escritos espirituales de un hombre que se dejó afectar por las cuestiones que emergieron en la recepción de la modernidad, por parte de la sociedad y de la Iglesia católica, en la España del primer tercio del siglo XX. ¿Cómo ser cristiano en una sociedad que se abre con grandes dificultades y fuertes antagonismos a las transformaciones de la modernidad, que trata de emancipar la razón científica y política de la herencia de la Iglesia, que saluda los nuevos horizontes de avance para la mujer, que encuentra en la educación la llave de oro para poner vías de solución a la cuestión social? ¿Cómo ser cristianos y hacer amable el cristianismo en la sociedad laica que emerge entonces y que hoy se afirma con nueva intensidad? El título del libro pone de relieve una de las líneas más insistentemente subrayadas en el discurso del autor: la necesaria presencia de los cristianos, con una afirmada identidad como tales, en la sociedad laica de entonces, en especial en los ámbitos educativos.

El libro consta de dos partes bien diferenciadas. En la primera encontramos la presentación sistemática de las principales cuestiones que emergen de sus textos espirituales y que configuran el sustrato de la reflexión y la acción de Pedro Poveda; en la segunda, la presentación histórica de esas mismas cuestiones. Los estudios que están en curso sobre los ensayos pedagógicos y el epistolario del autor completarán el acercamiento al singular perfil de Poveda, maestro de espíritu, pedagogo y fundador de la Institución Teresiana, siempre implicado en los problemas más acuciantes de su tiempo.

En la Primera Parte presenta la autora su hipótesis interpretativa, basada en un amplísimo conjunto

documental de escritos povedanos, muchos de ellos no contemplados hasta ahora, y asimismo en el marco de las ideas de su tiempo: «Desde la perspectiva de documentos que conforman sus escritos espirituales, puede afirmarse que la aproximación entre lo sagrado y el mundo, la compatibilidad entre fe, cultura y vida, la supresión de antagonismos ficticios, que diría el autor, constituyen el subsuelo de sus escritos. Todos los demás temas andan sobre este» (p. 14) Las páginas dedicadas a fundamentar esta afirmación despiertan el máximo interés, ya que muestran una honda y penetrante comprensión de los textos y una muy fina penetración del pensamiento de Poveda, a la vez que despiertan asombro en el lector ante la abundante y cuidada información en la que la autora apoya su estudio.

Los elementos que constituyen ese subsuelo povedano se comprenden a la luz de lo que fue la recepción de la modernidad en España y sus elementos diferenciales respecto de los países de la Europa occidental. En particular, los planteamientos intelectuales hostiles a las creencias religiosas y a la Iglesia católica, en concreto. La singularidad del proceso de modernización en España se basa, según Gómez Molleda, en la hondura teórica del debate entre Iglesia y sociedad que tuvo lugar en la España de principios del siglo pasado, así como en la fuerza sociológica de las elites intelectuales que lo propiciaron –un tema muy trabajado en las diversas publicaciones de la autora.

La primera de las constantes del pensamiento de Pedro Poveda apuntada por Gómez Molleda es la que comenta utilizando la metáfora de Tertuliano, expresada en términos inclusivos: *Atenas y Jerusalén.* Es decir, la posibilidad de armonizar la fe y la ciencia en un encuentro mutuamente enriquecedor y con un planteamiento novedoso: el de formar personas que mostraran en su vida la síntesis lograda de cristianismo y modernidad. La autora analiza con amplitud y rigor las posibles fuentes y circunstancias que indujeron a Poveda a sostener en sus escritos, «como prioridad», la tesis de que modernidad y cristianismo podían y debían establecer entre sí relaciones de buen entendimiento. La incipiente presencia de los seglares cristianos en la sociedad contemporánea y su compromiso evangelizador constituyen el principal foco de interés del autor, en torno al cual se sustantivizan los principales objetivos povedanos. Entre ellos, la renovación intelectual de los laicos de su tiempo, la propuesta de los primeros cristianos como referente de vida, el espíritu de colaboración entre las asociaciones seglares existentes en el momento, la incorpora-

ción de la mujer a los ámbitos que tenía vetados y, en última instancia, la promoción humana y social mediante la educación y la cultura. Poveda pedía a los seglares, y en concreto a las mujeres vinculadas a su obra, el testimonio de una vida asentada en la firme convicción de que la fe y la ciencia podían hermanarse y enriquecerse mutuamente. Este testimonio personalizado constituía para Poveda la refutación definitiva de quienes consideraban incompatibles fe y razón.

En la «cristalización de las reflexiones povedanas» se muestra en esas páginas la gran coherencia entre ideas y acción en Pedro Poveda. Sus realizaciones son a la vez fruto de su pensamiento y motor de los mismos. Su proyecto evangelizador, sustentado en una espiritualidad laical y hecho realidad histórica en la Institución Teresiana –la Obra de Poveda por antonomasia–, muestra por sí mismo el cambio de imagen de la mujer creyente y la posibilidad de ofrecer en una sociedad laica la Buena Noticia, en la educación y en la cultura, a través de la vida de los propios educadores.

Las realizaciones povedanas aparecen vertebradas en un proceso a la vez continuo y cambiante, creativo y adaptativo, de solidificación y de puesta en marcha de nuevas iniciativas durante el proceso histórico del primer tercio del siglo XX. El lúcido tratamiento de los temas candentes en ese tiempo hace de la lectura del libro un espacio apasionante donde poner en perspectiva las grandes cuestiones de nuestro presente.

De estas páginas emerge un hombre, Pedro Poveda, convencido de las potencialidades humanizadoras de la fe en Jesucristo, de las capacidades de la mujer para pensar, para hacer, para ser sujeto de su propio futuro, de las posibilidades evangelizadoras de los cristianos seglares y de la fuerza de lo asociativo, que une voluntades y orienta esfuerzos en una finalidad compartida; un hombre que gasta su vida dando forma a sus convicciones en palabra y en realidades, en formar personas que las encarnen e instituciones que las hagan posibles.

La figura de Pedro Poveda, en fin, estimula a los creyentes a situarnos en la sociedad laica de nuestro tiempo, con los ojos abiertos, pronto el corazón y diligente el pensamiento para discernir los caminos nuevos que hagan posible a los hombres y mujeres de hoy recibir la buena nueva del Evangelio como invitación hacia un humanismo que plenifica y nos devuelve a la comunión con la familia humana de la que formamos parte como hijos de un Padre común.

Camino Cañón Loyes

IZUZQUIZA, SJ, Daniel, *Enraizados en Jesucristo. Ensayo de eclesiología radical,* Sal Terrae, Col. Presencia Teológica, Santander 2008, 320 pp.

Razones por las que recomiendo la lectura de este libro:

Primera razón. Porque *Enraizados...* nos acerca cuatro corrientes de *pensamiento radical,* de las que apenas se sabe nada en nuestro entorno, y a los autores anglosajones que las representan. Toda la Primera Parte es una síntesis clara y rigurosa (a juzgar por la amplia bibliografía manejada) de estas corrientes estudiadas por el autor, fruto de sus trabajos académicos en Estados Unidos y su contacto con corrientes radicales como el *Catholic Worker.* Los estudiosos de la teología y las comunidades cristianas tendrán aquí la oportunidad de asomarse a unas escuelas que buscan establecer las bases para la reflexión sobre Dios y la Iglesia en sociedades plurales. Abriendo y cerrando esta primera sección del libro se nos ofrecen, también de forma crítica, otras dos corrientes de teología más conocidas entre nosotros y que Daniel Izuzquiza no duda en calificar asimismo de *radicales:* la teología de la liberación y la teología política de J.B. Metz. Seis corrientes, pues, que reflexionan, desde diferentes puntos de partida, sobre el método y los lenguajes en teología, la mediación de las ciencias sociales y el discurso sobre Dios, las narraciones martiriales y la solidaridad con los pobres. De las cuatro escuelas anglosajonas, tres proceden de la tradición protestante y tienen como patrones a John Milbank (ortodoxia radical), George Lindbeck (tradición radical) y John H. Yoder (la reforma radical de la tradición anabaptista); la cuarta no es tanto una propuesta teológica cuanto un análisis en esa clave de los escritos y la obra de la activista social católica Dorothy Day y su *Catholic Worker.*

Este libro es, pues, una oportunidad para el acercamiento a esas corrientes y el diálogo con ellas, para la complementación e incluso para la confrontación de ideas, como ya ocurrió poco antes de que este *Ensayo* viera la luz (*Revista de Fomento Social* 235 y 236 [julio-septiembre 2004 y octubre-diciembre 2004]). Además, este conocimiento nos ayudará después a entender la propuesta que el autor hace de una *eclesiología radical* enraizada en Jesucristo como «alternativa al sistema dominante de nuestro mundo» (p. 167)

Y ésa es la *segunda razón:* conocer su *Ensayo de eclesiología radical,* que se propone en cuatro aparta-

dos como una teología del Cuerpo de Cristo. Una imagen que, de entrada, el autor rastrea en la Escritura, la Tradición y el Magisterio social de la Iglesia, para descubrir cómo la comunidad cristiana (este Cuerpo) ha sido espacio alternativo al imperio romano y la cultura helenista, y quiere serlo también del capitalismo globalizado del siglo XXI. La idea básica es que los lazos de comunión radical hacia dentro del Cuerpo generan comunión social hacia fuera, del mismo modo que la vida enraizada en Cristo y la celebración eucarística de la comunidad, lejos de diluirse en el intimismo y el aislamiento, son condición de posibilidad para la transformación de la realidad, porque son dinamismos que abarcan la vida personal y eclesial y se proyectan sobre el mundo. Por eso se reflexiona, en segundo lugar, sobre los siete sacramentos como prácticas alternativas que expresan y alimentan la nueva realidad del Cuerpo ante el orden establecido, para dar paso después a la vertiente mística de esta eclesiología a través de la biografía de cuatro personajes que han vivido la radicalidad de la alternativa (la santidad) *enraizados en Jesucristo* e invitan a la comunidad cristiana de todo tiempo a hundir sus raíces en ese suelo. Ellos son la Madre Teresa de Calcuta («el cuerpo roto de Cristo en la vida de los más pobres»), Carlos de Foucauld (el cuerpo despojado, humilde y pobre de Cristo, hecho silencio total), Pierre Teilhard de Chardin (las dimensiones totales del Cristo cósmico) y, finalmente, monseñor Óscar Romero (el cuerpo transfigurado de Cristo, camino de la Pascua): cuatro biografías en cuatro continentes para perfilar la geografía del Cuerpo universal. «Cuatro invitaciones a desplegar en nuestras vidas la radicalidad del Cuerpo de Cristo» (p. 260). Desde aquí es desde donde se sugiere una «contra-política radical», que es el *cuarto* y último de los capítulos, también descrito como «vías para encarnar convicciones»: el Cuerpo de Cristo como fragilidad, que se encarna en prácticas alternativas («virtudes») como la no violencia; la «cabeza y pies» del Cuerpo como participación efectiva en la vida civil; la actividad «respiratoria» del organismo corporal como reflejo de los aspectos económicos que hacen que la circulación universal de los bienes impida el ahogo del cuerpo social; y, finalmente, los «miembros» del cuerpo estiran la metáfora para expresar los aspectos culturales que dicen relación a la potenciación de lo participativo, la articulación de la comunión, la subsidiariedad, etcétera. Es decir, el mundo de la vida desde una «cosmovisión cristiana» determina-

da por la no violencia y desplegada en un ethos político, económico y cultural que ofrece multitud de estrategias y concreciones.

El libro acaba con un apéndice espiritual ante «El Cristo de las raíces», de Miquel Barceló, para afirmar la insoslayable experiencia mística del cristiano, su enraizamiento en Jesucristo y la necesidad de alimentarse de este Cuerpo para seguir produciendo radicales consecuencias en todos los órdenes de la realidad.

Varias razones más: porque hay un aliento de renovación teológica en las páginas de esta propuesta, al combinar reflexión con aspectos místicos y políticos; al cruzar el enfoque sistemático (la Iglesia como Cuerpo de Cristo) con la vida y las obras de autores cristianos del siglo XX.

Porque es una propuesta de teología práctica que busca articular comunidades radicales, enraizadas en Jesucristo y en la vida de los pobres, como una alternativa al sistema dominante desde la vida de muchos testigos que en cualquier rincón del mundo ensayan esta novedad.

Porque el autor bucea en la realidad y descubre multitud de estrategias y concreciones que han ido encarnando el Cuerpo de Cristo en estilos de vida no violentos, generando prácticas económicas, culturales y políticas en la vida social.

Porque estas páginas invitan al diálogo sabiendo que «la categoría central –el Cuerpo de Cristo– levanta serias sospechas en numerosos pensadores» católicos (p. 261). También nosotros nos preguntamos, por ejemplo, por qué recurrir al concepto de Cuerpo de Cristo cuando el Vaticano II escogió mejor otras categorías incluso para distanciarse de esta metáfora paulina, usada tradicionalmente para referirse a la Iglesia entera como una y diversa, pero que fija quizá demasiado la eclesiología en la vida interna del grupo eclesial (¿no es todo un síntoma el enorme peso de la liturgia en este sistema?). Por eso preguntamos: ¿No es la vinculación de unos con otros y la inclusión de todos en la misma dignidad (jerarquía, laicos, religiosos) lo que propicia el término más oportuno de «pueblo de Dios»? ¿Qué añade de más la categoría «Cuerpo de Cristo» para definir a la comunidad cristiana en el mundo que no esté recogida en la categoría conciliar de «Iglesia sacramento» (testimonio y compromiso)? ¿Se distancia esta eclesiología de la del último concilio? ¿La integra? Es cierto que las «comunidades radicales» buscan armonizarse en esa misma eclesiología, pero parecen presentarse no con ese aspecto germinal (sacramental), sino como alternativas a la realidad global, y esto provoca en

no pocos católicos la sospecha de una cierta nostalgia de cristiandad. Una sospecha no del todo despejada al seguir insistiendo tan radicalmente en la identidad cristiana y en la prioridad de la perspectiva religiosa sobre la visión de la realidad. Es verdad que se trata de una *eclesiología radical* que muestra sus frutos en las prácticas que genera, en sus implicaciones públicas y en su relevancia social, porque pretende, en último término, «abrir vías para encarnar convicciones» (p. 262); pero el asunto no es si se pueden hacer (de hecho, existen), sino si son universalizables como alternativas al sistema, etcétera.

Un libro para el debate es siempre un libro oportuno.

Un texto, en fin, donde se multiplican las referencias para iluminar el intento y su aplicación práctica. Un libro alentador, porque *Enraizados...* nos habla de algo oportuno: la necesidad de estar como cristianos en la vida pública, desde la crítica profética que denuncia el sistema como inhumano y desde la propuesta que busca ser alternativa, también profética.

Cipriano Díaz Marcos, SJ

D'ANSEMBOURG, Thomas, *Ser feliz no necesariamente es cómodo,* Sal Terrae, Santander 2006, 246 pp.

En el libro está recogida la experiencia profesional del autor con grupos de jóvenes con problemas. D'Ansembourg es psicoterapeuta y enseña la «comunicación no violenta» según el método de Marshall Rosenberg. El autor, que en su vida y en la de las personas a las que acompaña ha identificado diversas «trampas anti-felicidad», hace una invitación a tomar conciencia de dichas trampas y propone una serie de aprendizajes prácticos para salir de ellas, tarea básica para superar las dificultades de la vida y lograr un bienestar interior a pesar del sufrimiento.

De una manera muy clara va desgranando su propuesta sirviéndose de símiles que hacen muy grata su lectura. Hay que salir del acuario de una vida recortada por los temores y lanzarse a alta mar, que es más difícil, pero que es también donde encontraremos el sentido de una vida en libertad. Esta travesía proporciona incomodidades; pero *pensar que la felicidad se alcanza cuando cesan las dificultades* es una gran trampa, así como *darle más importancia al hacer que al ser.* En la vida de las personas se dan actitudes erróneas tales como: esperar a que vengan tiempos mejores, negarse a soñar y

culparse de la propia infelicidad. Todo ello atenaza al sujeto y le impide vivir acogiendo los gozos y las sombras de la existencia desde una perspectiva sana y real. *Apalancarse en la pena* sin querer salir de ella ni gozar de momentos gratos es otra trampa, pues la vida trae alternancias como algo natural. Decía Rilke: «Acepto las estaciones del corazón de la misma manera que las del campo». *Fabricarse subjetivamente una realidad que dista de la objetiva* es otra trampa, así como *encontrar la felicidad sólo en el reconocimiento y no decir nunca no,* por miedo a perder la estima de los demás.

El autor nos presenta los elementos de la comunicación no violenta (CNV), tales como: observar sin juzgar, sentir sin interpretar... Este apartado queda enriquecido por la exposición de numerosos casos prácticos de gran utilidad para acompañantes y terapeutas. La paz en las relaciones con los demás sólo puede derivarse de la paz en el interior de nosotros mismos. Pero esa paz hay que hacerla y rehacerla constantemente, ha de ser un trabajo personal continuo. Hace hincapié en la distinción entre el pensamiento binario(o dejo de sufrir o soy feliz) y el pensamiento complementario (estoy sufriendo, pero trato de llevarlo lo mejor que puedo). De este último pensamiento se desprende conciliación, abrir los ojos más allá del evento doloroso y huir del victimismo.

Hay falsas ideas que impiden ser felices: «no estamos aquí para divertirnos». Ante ello, las personas se aturden con mil tareas, no se conceden momentos de alegría, la cual les parece una pérdida de tiempo; y si la alegría llega, la ocultan para no resultar insustanciales. Hay que estar muy alertas con la educación para la amabilidad y la condescendencia. El disentir no es desamor: hay que manifestarse sinceramente, sin miedo a la desaprobación de los otros. Si no manifestamos nuestras discrepancias, tampoco admitiremos el parecer de los demás. Al decir «no», admitiremos también el «no» de los demás. Para salir de los conflictos hay que entrar en ellos, hay que encararlos, «mojarse». La persona que juega con la vida, la está evitando y está incapacitado para crecer; ha perdido el sentido de la realidad; busca compensaciones falsas, alimentos que no sacian, y sigue en búsqueda permanente, pero no afronta de verdad su existencia.

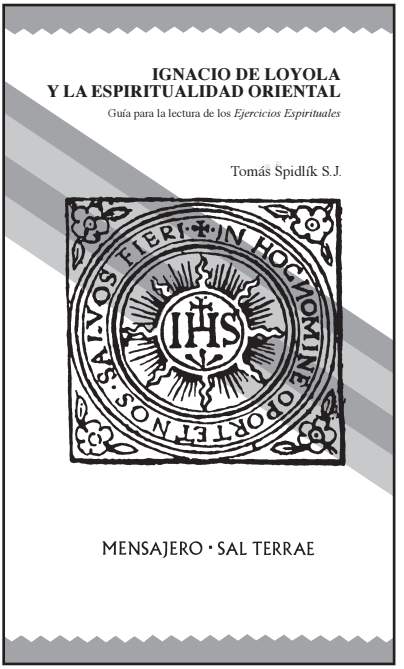
Por último, para acostumbrarnos a la felicidad en medio de las dificultades normales que la vida trae consigo el autor propone los llamados «ejercicios de celebración», como: rememorar lo bueno, recordar lo bueno en los momentos malos, tomarse tiempo para gozar, disfrutar

conscientemente, vivir el momento presente, saber disfrutar con lo que se ha disfrutado... Con todo ello el autor pretende –y lo consigue con la presente obra– alertarnos sobre las trampas para ser felices y marcar algunas estrategias válidas para alcanzar el bienestar aun en medio del sufrimiento que es connatural a la existencia humana

Rosario Paniagua Fernández

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

CARD. TOMÁŠ ŠPIDLÍK, SJ

Ignacio de Loyola y la espiritualidad oriental.

Guía para la lectura de los Ejercicios Espirituales

168 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 14 €

Esta obra, breve pero muy sugerente, nos ofrece una preciosa síntesis de los elementos comunes en la tradición cristiana oriental y en san Ignacio de Loyola. Su autor es doctor en Teología y profesor emérito del Pontificio Instituto Oriental y de la Universidad Gregoriana (Roma), en los que ha impartido durante largos años clases sobre espiritualidad patrística y oriental. Miembro honorario de la Sociedad de Estudios Bizantinos y consultor de las Congregaciones para las Causas de los Santos y para las Iglesias Orientales, actualmente colabora en el Centro Aletti, dedicado al intercambio y al diálogo entre las iglesias oriental y occidental.

Del mundo,
un cielo
JESUITAS
Si has pensado ser jesuita
llámanos al:
609.075.447
o escríbenos a: daryservir@jesuitas.es
Te entendemos y te atendemos.